

RESEÑAS

Marcel Velázquez Castro, compilador. *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009. 344 pp.

En el Perú decimonónico, la cultura impresa articuló un espacio comunicativo heterogéneo en el que se gestaron las primeras imágenes de nación, identidades, representaciones colectivas y formas de recepción del público lector. El estudio de las fuentes hemerográficas en los últimos años ha proporcionado nuevos enfoques críticos en la historia cultural de las sociedades. En ese sentido, la compilación hecha por Marcel Velázquez presenta once ensayos y una introducción a modo de balance sobre este complejo universo de “la república de papel”, categoría que describe el soporte cultural de la prensa en el espacio público, el ideario ilustrado, la autoridad de los discursos y las prácticas políticas y socioeconómicas involucradas en la comunicación periodística.

El primer ensayo de José Ragas sugiere ubicar los análisis insulares de las fuentes periodísticas en una línea integradora y no descuidar el manejo de los catálogos y periodici-

zaciones. El autor precisa la amalgama de la producción, distribución y consumo de la prensa escrita desde 1810 a 1872, marcada por tres momentos: a) libertad de imprenta, b) clima independentista y guerra de caudillos y c) la era del guano. Mediante gráficos estadísticos, Ragas muestra los porcentajes de lecto-escritura de la población por sexo y grupo étnico y revela el perfil de los consumidores a partir de la autoridad perlocutiva de la prensa.

En su estudio sobre *La Miscelánea* de 1831, Brenda Acevedo define las bases del proyecto nacional ilustrado a cargo del sujeto letrado o “el gran Otro”, término que recoge de Lacan para establecer su hegemonía. Observa el compromiso modernizador de las élites y la instrucción a los no letrados. Sin embargo, detecta dos interesantes paradojas: a) el proyecto ilustrado estaba dirigido a una sociedad analfabeta y b) la construcción de una modernización ilustrada debía su base al autoritarismo por lo que el concepto de libertad estaba reducido a los intereses políticos. El ensayo demuestra que las paradojas y desencuentros en *La Miscelánea* (diario político, mercantil y literario) determinan, en el pequeño círculo lector, variadas imágenes sobre nación. Una paradoja similar,

del progreso dentro del lado subalterno, la identifica Elizabeth Vilca en la construcción y alteridad de la imagen de la mujer en textos de Carolina Freire, María del Pilar Sinués, Modesto Molina y otros, publicados en la revista *El Correo del Perú* de 1872. Los fragmentos analizados evidencian los ideales y estereotipos femeninos de la moral, sumisión y sensibilidad en tensión con los patrones de la moda e instrucción. Además de seguir los paradigmas del sujeto masculino hegemónico, revelan el paulatino desenvolvimiento de nuevos sectores ilustrados femeninos.

La elaboración de proyectos nacionales e ilustrados, en la segunda mitad del siglo XIX, se orientó hacia los estereotipos raciales o étnicos. Andrea Smith desentraña dichos proyectos en cuatro poemas de Felipe Pardo y Aliaga, donde la nación estaba representada, esencialmente, por la raza blanca hegemónica. Más allá de la caricatura y la sátira, Smith revisa la configuración de la comunidad nacional letrada a partir de las formas de exclusión (oposiciones, forasterías, otredades) de los judíos y afrodescendientes.

Marcel Velázquez detalla la multiplicidad de sentidos y los usos del término “nación” entre 1780 y 1846 y plantea tres fases conceptuales: a) organicidad de pueblos con afinidad étnica, b) comunidad política de individuos y c) contenidos históricos y simbólicos. Velázquez ejemplifica este concepto movedido de nación en algunos diarios y revistas como el *Mercurio Peruano*, *La Abeja Republicana*, *La Gaceta Mercantil*, entre otras fuentes.

Haciendo un arqueo de los cinco artículos anteriores, reconocemos los proyectos, alteridades, fronteras y dicotomías en los discursos de la élite criolla. La referencia histórica de los siguientes tres ensayos cubre los períodos previos a la Guerra con Chile, el momento mismo de la guerra y la etapa posterior de Reconstrucción Nacional. Juan Gargurevich bosqueja la rivalidad entre Ricardo Palma y Manuel Atanasio Fuentes y el ejercicio periodístico de ambos durante la Guerra. Juan José Rodríguez explora la percepción de la prensa norteamericana (*New York Times* y *New York Herald*) sobre los acontecimientos de la Guerra del Pacífico, regida por las teorías del “destino manifiesto” y “darwinismo social” (victoria y superioridad racial chilena). En su pormenorizado artículo, Oswaldo Holguín incide en la transición del indio sumiso y desplazado al sujeto patriota, heroico y defensor, figurado en la literatura peruana de la postguerra como ciudadano útil a la nación.

La recurrencia al arte gráfico no sólo reforzó el sentimiento y representaciones nacionales, sino la cultura y memoria visual de los usuarios. Nanda Leonardini y Patricia Victorio analizan las manifestaciones y funciones de la tecnología gráfica (litografías, grabados, ilustraciones, etc.) en algunos semanarios y revistas como *El Perú Ilustrado* y *El Correo del Perú*.

Maida Watson cierra *La República de papel* con su ensayo “La función de la comida en la literatura costumbrista peruana del siglo XIX”. Se describe, a través de la pluma de Asencio Segura, Ricardo

Palma, Manuel Atanasio Fuentes, Abelardo Gamarra y Felipe Pardo y Aliaga, el rol de las comidas (selección, tipos, comparaciones o preparación) en la representación de los sectores sociales, la recreación del pasado colonial y la indispensable afirmación de la identidad nacional.

En conclusión, *La República de papel* ofrece sólidos trabajos que promueven nuevas rutas de investigación en distintas áreas, superando así el anclaje disciplinario. La precisión metodológica de Acevedo, Vilca, Velázquez, Holguín o Watson consolida a *La República de papel* no sólo como un riguroso texto crítico, sino como un breve catálogo o *dossier* bibliográfico de consulta permanente para los lectores y/o investigadores de la literatura y prensa decimonónicas.

Pilar Alzamora Del Rosario
Universidad Nacional Federico
Villarreal, Lima

Carmen Elisa Acosta y Carolina Alzate, compiladoras. *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, 2010. 276 pp.

Los textos de tipo autobiográfico traen a la literatura, de manera más apremiante que cualquier otro género, la pregunta sobre los límites de sus objetos de estudio. Dejan al descubierto el reduccionismo de los abordajes que buscan comprender *la escritura de sí* desde un solo saber. El libro *Relatos autobiográficos y otras formas del yo* ofrece al lector un viaje a través del mundo de la auto-configuración escrita.

Para recorrer sus territorios, las compiladoras Carmen Elisa Acosta y Carolina Alzate convocaron a once académicos, provenientes de distintas disciplinas, al Simposio Internacional *Relatos autobiográficos y otras formas del yo*, organizado por el grupo de investigación “Discurso y ficción. Colombia y América Latina en el siglo XIX, grupo interinstitucional de la Universidad de los Andes (Bogotá) y la Universidad Nacional de Colombia”. Los especialistas, desde los lentes de la antropología, la psicología, la literatura y la historia, analizaron relatos de viajes, novelas, vidas de mujeres, mitos, diarios, biografías, terapia e incluso un manuscrito inédito.

Relatos autobiográficos y otras formas del yo ha sido ordenado en cinco grupos. Sin embargo, en vez de comentar cada sección me referiré a los textos según los temas o metodologías que comparten. En primer lugar, el escrito de Ángel Loureiro expone de manera concisa su teoría sobre la autobiografía y, en general, la vida humana. Desde una perspectiva ética, inspirada por la lectura de Emmanuel Lévinas, se piensa la alteridad como la condición de posibilidad del *yo*. Según Loureiro, el escrito, lejos de agotarse en el desarrollo teórico, nos da una muestra del potencial interpretativo de este marco de referencia. En este sentido analiza las memorias de la española María Teresa León (1903-1988) y revisa la relación entre la noción de memoria y la forma en la que se construye la historia. Además el artículo sintetiza el espíritu del libro al enfatizar la importancia ética y política de reconocer la escritura autobiográfica.

fica como una práctica relacional, como un acto de *co-construcción* de sentidos que sólo en apariencia pertenece a un individuo.

Desde la propuesta de Loureiro podemos pensar en que la compilación es en sí misma una respuesta a la alteridad. No responde a la interpelación de una pregunta específica sobre la verdad de la escritura autobiográfica, sino que la presenta en su complejidad y vulnerabilidad, imbricando los discursos que circulan por la academia. Esta caracterización del libro se hace evidente en el hecho de que, más que dirimir una discusión sobre la definición del espacio de lo autobiográfico, el libro traza un mapa en donde se señalan los puntos de cruce entre la *escritura sobre sí* y la construcción de identidades políticas y colectivas. Por ejemplo, Zandra Pedraza analiza la literatura de los márgenes y resalta el papel de dichos textos en la sociedad colombiana, proponiéndolos como parte de una *tecnología del yo*, que introdujo en el imaginario social una subjetividad emocional, pero inteligible.

Los escritos de Betty Osorio y de Susy Bermúdez, por su parte, son biografías críticas escritas a partir de auto-narraciones de mujeres líderes colombianas de diferentes momentos históricos, todas con movilidad dentro de espacios que exceden los límites establecidos para las mujeres en las culturas patriarcales de las que provienen. El artículo de Osorio pone en evidencia que la escritura autobiográfica y, en general, la práctica de narrar una historia de vida sobre sí, es un diálogo en el que se van integrando y sobreponiendo unas

voces con otras. Así, las mujeres biografiadas, pertenecientes a la cultura indígena Nasa, se han ido apropiando de diversos discursos, y ahora Osorio agrega una capa más de sentido al reescribir sus vidas. Mientras se hace tangible el hecho de que la biografía no es el producto de una sola voz, se cuestiona la posibilidad de que exista, en efecto, un discurso “puro”, ya sea de constructos teóricos o íntimos. A su vez, la biografía de Bermúdez es una investigación que se materializa en forma de biografía. Resalta, al igual que la de Osorio, la actualización de algunas historias de vida. Su recreación es una manera de construir realidades históricas y actuales, sensibles a la responsabilidad ética de nosotros lectores.

El texto de Bermúdez se mueve entre la reconstrucción histórica y un tono reflexivo muy personal. Trae a colación otros grandes cruces que recoge el libro: el encuentro entre la historia pública y el relato íntimo, entre la memoria individual y la colectiva y todas las relaciones de poder que se ocultan y manifiestan en el acto de la auto-escritura. En esta dirección encontramos el artículo de Jaime Humberto Borja Gómez, en el que se estudian las “vidas ejemplares” de tres monjas consideradas santas en la sociedad neogranadina del siglo XVIII. El texto analiza las biografías de tres mujeres, escritas por hombres a partir de sus escritos autobiográficos. Dichas biografías son la re-escritura política de lo autobiográfico para promover cierto tipo de ideal criollo. Las biografías que examina Borja constituyen una práctica en la que las autobiografías de

estas mujeres no pueden salir del confinamiento de lo íntimo, sin la intervención de una voz masculina. Sus efectos *sujetantes* contrastan con algunos de los textos que aparecen en el libro y que se presentan como potencialmente transgresores.

Siguiendo la línea del encuentro entre historia, identidades colectivas y autoconfiguración, hallamos el artículo de Carmen Elisa Acosta. En éste se explora la construcción de la historia a partir de la autobiografía y se introduce un elemento diferente respecto al texto de Borja al recurrir al género de los relatos de viaje. Específicamente, analiza los del neogranadino Felipe Pérez (1836-1891), para ilustrar cómo, incluso en este tipo de escritura, que no tiene como objeto al *yo*, éste termina ocupando el primer plano al constituirse en la clave interpretativa de lo descrito. La palabra responde a un ideal de nación y aunque la intimidad se hace manifiesta, ésta puede leerse en términos de una postura pública-cultural, ética y política sobre el deber ser nacional.

Dentro de la misma línea de estudio, el texto de Jacinto Fombona analiza el relato de Nicolás Tanco Armero (1830-1890), de sus viajes a China y Japón. Este comerciante neogranadino transgrede el estilo tradicional del itinerario de viaje al tomarse a sí mismo como objeto de su escritura. Fombona señala, a partir del texto, que la escritura autobiográfica permite engañar, disfrazarse y callar a conveniencia. Aunque, en este caso, la autobiografía tampoco se erige como práctica de resistencia a los discursos dominantes, sí conserva su poder creador de realidades, aun

cuando éstas reproduzcan lógicas occidentales coloniales que, además, se arrojan el derecho de construir activamente a la alteridad, en este caso oriental, imponiéndole una verdad sobre sí misma.

Transitando por el libro aparecen dos escritos sobre Soledad Acosta de Samper (1833-1913). En el primero, Carolina Alzate caracteriza la escritura autobiográfica de Acosta como imposible de precisar en cuanto a una fuente “original” o unívoca, lo que remarca una vez más el carácter dialógico de la escritura sobre sí. Lo paradójico de los textos que Alzate analiza es que son relatos en los que se busca mantener al *sí mismo* lejos del ámbito público: Acosta decide no escribir sobre sí para otros, pero termina develando diferentes sentidos sobre sí misma a través de fisuras, como en los pasajes sobre mujeres. Alzate realiza una lectura en clave autobiográfica de la *Revista parisiense*, lo que resulta una invitación no sólo a leer lo autobiográfico en términos relacionales, sino a contemplar la posibilidad de leer casi cualquier género en clave autobiográfica. Una vez más, la autoescritura se revela como una práctica que permite movilidad y transgresión de los sentidos hegemónicos. Incluso cuando ésta se ficcionaliza, como en el caso de la novela *Una holandesa en América* (1876), no pierde la relación con los discursos del contexto circundante.

El segundo artículo sobre Soledad Acosta es de María Victoria González, quien analiza y reproduce un texto inédito de la autora titulado “Apuntes importantes”. En este caso, el texto autobiográfico es

un plan de trabajo que define “el sentido de su vida profesional” (194) y que escribe para sí misma a manera de reto o meta a cumplir. Se trata de una escritura de sí para sí, sin que por esto deje de mostrarse un *yo* que se define en respuesta e interacción con otros. Imposible, una vez más, leer esta historia de vida desvinculada del proyecto de fundación nacional y de la alteridad más visible de Acosta –su esposo, José María Samper–, cuya subjetividad, de paso, termina siendo interrogada en el artículo al poner en duda la autoría de algunas de sus publicaciones.

En medio de los análisis académicos y de la escritura autobiográfica encontramos el artículo de Marisol Leal Acosta y Margarita Ruiz Soto, quienes comprenden análogamente a los sujetos y sus narraciones. La narración autobiográfica oral, esta vez, se diferencia de la escritura autobiográfica. La primera sería una labor “conatural” (88), parte del proceso de construcción de sí, también inmerso en la red discursiva relacional y sólo posible dentro de ella. La segunda es producto del paso de la oralidad a la escritura: una recreación. Desde una mirada que mezcla perspectivas psicoanalíticas y sistémico-construccionistas, las autoras narran en tono autobiográfico su concepción de la autoescritura como terapia y su estilo se resiste a los parámetros que exige la escritura académica. Resignificar el dolor implica de cierta manera comprender la vida y su historia como un tránsito, un constante devenir y rehacerse, como el viaje formativo que caracteriza Mágina

Russotto en el artículo que cierra la compilación.

El recorrido por el libro finaliza con una parada que no busca dar por terminada la jornada iniciada en el análisis de esta práctica de escritura. Russotto afirma dos características de lo autobiográfico: se trata de un género poroso, siempre híbrido, y de una práctica democratizada. Este segundo rasgo permite comprender cómo la popularización de la lectura y escritura sobre sí “[h]a modificado de otras formas la noción de lo que es ‘excepcional’...” (257) en las redes discursivas de cada época y contexto. Podría pensarse en él como una de las herramientas que facilitó la visibilidad de lo anormal y la reevaluación de la exigencia de coherencia para las identidades humanas.

A partir de los análisis y reflexiones que recoge la compilación, la autobiografía se erige como el acto en el que nos hacemos presentes de manera voluntaria. En el que creamos una versión del sentido que puede tener nuestra historia de vida (que hasta ese momento sólo tenía oralidad y alteridades). En el que jugamos a ser autores y no sólo actores-intérpretes de la narración. Este gesto de tomar la iniciativa se hace posible sólo porque nuestra voz autorial se ha configurado con las voces de los otros y está respondiendo a ellas. Irónicamente, la voluntad de imprimir en el devenir de la subjetivación un sentido propio termina por entregar nuestro discurso y sus sentidos a la interpretación de los otros. Nos hace más vulnerables de lo que éramos antes de la palabra escrita y

“fijada”. Nos entrega radicalmente a la otredad, al porvenir y a los sentidos “ajenos”.

El libro brinda un recorrido por diversas disciplinas, géneros, épocas, lugares geográficos y formas de investigación, configurando para el lector un paisaje de retazos sobre la compleja tarea de aprehender las formas del *yo* desde diversos saberes de lo humano. Mientras las lecturas del libro superan las discusiones más comunes informadas sólo desde el psicoanálisis o desde la dicotomía realidad vs. ficción, los autores labran el interrogante sobre cómo entender la relación entre la autobiografía y el imaginario social. Si bien los textos señalan la capacidad transformadora de la escritura de sí, no se trata de lecturas ingenuas que conciban la auto-escritura como práctica emancipadora, sino de posturas críticas frente a su propia historia, potencial y riesgos. La invitación a los lectores será la de asumir la responsabilidad ética de leer lo autobiográfico en clave relacional y de explorar en otros géneros la riqueza de la mirada en clave autobiográfica. Al final, parecería que lo autobiográfico está más cerca de ser una forma de lectura que una característica intrínseca de la escritura.

Ángela María Báez-Silva Arias
Universidad de los Andes, Bogotá

José Antonio Mazzotti, editor.
Renacimiento mestizo: los 400 años de los Comentarios reales.
Madrid: Iberoamericana, Ver-
vuert, Universidad de Navarra,
2010. 408 pp.

El presente volumen, editado por José Antonio Mazzotti, reúne veintiún trabajos que identifican algunas coordenadas en el universo colonial hispanoamericano para imaginar nuevas lecturas de la obra capital del Inca Garcilaso de la Vega, los *Comentarios reales*. El propósito de estas aproximaciones es dotar de la necesaria densidad tanto histórica como de sentido que requiere para su lectura una obra fundacional de la producción intelectual latinoamericana. Con este objetivo, los artículos reunidos recurren al uso de algunas herramientas de la crítica cultural reciente, como la experiencia migrante, las negociaciones de la identidad, y las posiciones del sujeto en el campo cultural, tópicos medulares para comprender el proyecto de escritura de Garcilaso, visto desde el ángulo mestizo.

La primera sección del libro “Aspectos textuales de los *Comentarios reales*” ubica algunas tramas intertextuales decisivas en la construcción del Inca como sujeto de escritura. Trinidad Barrera, en “Otra vuelta de tuerca al naufragio de Pedro Serrano”, compara este relato con otras historias de naufragos coloniales (Jerónimo de Aguilar, Gonzalo Guerrero y Cabeza de Vaca) para distinguir su particularidad y el estatuto ficcional sobre el que se fundará la literatura latinoamericana posterior. Mientras Do-

mingo Ledezma sugiere en “Los infortunios de Pedro Serrano: huellas historiográficas de un relato de naufragio” que la *Relación del maestro Juan* es el origen de una genealogía historiográfica cuya continuidad, pasando por los *Comentarios*, llegará hasta *Robinson Crusoe*. En el siguiente artículo, “¿Dignidad cultural o proto-identidad cristiana de lo inca? Acerca del sentido preferente de los ‘comentarios’ garcilasianos al padre Acosta”, Fermín del Pino-Díaz revisa la relación entre la crónica del padre Acosta y los *Comentarios reales*, sosteniendo que en la base del proyecto de Garcilaso, incluyendo su visión andina, se encuentra la obra del jesuita. Según del Pino-Díaz, mediante estrategias narrativas como la glosa y la paráfrasis de la obra del jesuita el Inca conseguiría su especificidad como autor. Por su parte, el trabajo “«No hay más que un mundo». El agustinismo de los *Comentarios reales*” de Guillermo Serés encuentra en la idea agustiniana de “unidad” del mundo un eje epistémico que justifica el origen divino de los indígenas y proyecta una *translatio religionis* desde Occidente hacia el Perú debido a la misión civilizadora de los Incas, que constituyó una *praefiguratio* del católico imperio español. La noción de *translatio (imperii, studii y religionis)*, de gran importancia en los estudios medievales, se convierte en un concepto útil para volver a leer los *Comentarios*, toda vez que traza una ruta por la cual transitó la escritura del Nuevo Mundo.

Los tres artículos de la segunda parte, “Garcilaso y su contexto intelectual y político”, estudian la circunstancia decisiva de la amistad

del Inca con los humanistas españoles en su formación intelectual. En esa línea, “La amistad del Inca Garcilaso con los humanistas de Córdoba” de Carmen de Mora destaca la importancia de sus relaciones con los círculos humanistas andaluces, que le permitió adquirir familiaridad con las ideas de su época y consolidar su autoridad al ser reconocido por los eruditos que frecuentaba. Amalia Iniesta Cámara, en su trabajo “En torno a las prácticas de lectura y escritura del Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales*”, propone una revisión de las fuentes escritas más relevantes (Cieza, Gómara, Zarate) para identificar una estrategia dialógica entre las prácticas de escritura y lectura. Finalmente, Antonio Lorente Medina, en “El Inca Garcilaso y los «Flandes Indianos»”, analiza en los *Comentarios* la relación de la incursión de los Incas en los Charcas orientales y el reino de Chile. Estos territorios metaforizados como un Flandes del Nuevo Mundo, remarcan la difícil situación geográfica y política que ofrecían al proyecto peninsular. No obstante, gracias al mestizaje ocurrido en estos espacios fronterizos, se pudo conseguir cierta ventaja en la ocupación de estas tierras indómitas.

La tercera parte agrupa seis artículos bajo el título “Aspectos religiosos y sistemas cognitivos”. Luis Millones, en “Las herejías de Garcilaso”, y James W. Fuerst, en “«El Dios no conocido» y la vuelta al mundo en los *Comentarios reales*”, ahondan en la cuestión religiosa, una de las vértebras del corpus garcilasiano. Millones observa la manera en que el Inca corrige la pers-

pectiva que acusaba de hereje a la religión andina, al situar a la élite inca dentro del orbe católico desde su culto a una sola divinidad, consiguiendo sólo así una equiparación entre ambas religiones. Por otro lado, Fuerst analiza la función alegórica del dios Pachacamac en los *Comentarios*. El énfasis en su naturaleza oscura y potencialmente destructiva funciona como un *pachacuti*, noción andina que explica el “trastocamiento del mundo” que “ocurría en períodos de transición, trastorno y catástrofe” (185), como el que supuso la conquista. Esta asociación asimilaba a Pachacamac, el “dios no conocido”, con el Dios católico, de modo que se trataba a su vez de “una alegoría de la conversión indígena y la posibilidad de una renovación social en el presente” (191).

En “La reforma ortográfica quechua del Inca Garcilaso”, Rodolfo Cerrón-Palomino observa la cercanía de la reforma garcilasiana con los lineamientos del Tercer Concilio Limense (1582-1583) en materia de normativa ortográfica. El trabajo de Takahiro Kato, “Equinofobia entre los indígenas andinos recién conquistados: acerca de la identidad cognitiva en el Inca Garcilaso”, se detiene a examinar el miedo de los indígenas hacia el caballo y su racionalización como una “huaca” (algo extraordinario y sobrenatural), obedeciendo a la lógica de su propio sistema cognitivo. Siguiendo la teoría del *spatial turn*, Verena Dolle, en “«...Ahora me dicen que está ya todo confundido»: espacio cerrado vs. espacio abierto en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso”, revela la construc-

ción textual de un espacio andino cerrado que se propone como un territorio lingüístico y político protegido de la intervención española, es decir como un ámbito idealizado de convivencia social. Esta sección culmina con “Garcilaso y el teatro de los incas” de José Rodríguez Garrido, quien enfatiza que la existencia de un teatro inca debe leerse en el marco de sentido que el texto produce. Efectivamente, la afirmación de Garcilaso en los *Comentarios* de que los incas desarrollaron la tragedia y la comedia se entiende no sólo dentro de su agenda reivindicatoria de lo indígena. También obedece a la idea de plantear una continuidad que va de las artes escénicas de los incas hasta las que practicaron los jesuitas, y donde la cuestión evangelizadora resulta clave para entender el sentido de tal aserción.

Las investigaciones de la cuarta sección, intitulada “El impacto en la recepción de los *Comentarios reales*”, analizan tres casos específicos de recepción: traducción, labor editorial y teatro. En “Chile en los *Comentarios reales* (Londres, 1625)”, Rolena Adorno sostiene que las versiones inglesas ofrecen desde la traducción lecturas inusitadas, para lo cual revisa la edición de Samuel Purchas (1625) donde los acontecimientos de la conquista de Chile por incas y españoles resultan significativos al permitir que Garcilaso realice “una extensa reflexión que compara la conducta de los invasores imperialistas [...] sobre territorios y pueblos no peruanos” (282). Según Adorno, en la expresión garcilasiana “amor de la patria” se cifra el sentido de esa inclusión que no

se refiere a una lucha violenta, sino al deseo del triunfo de los hijos de Chile en el campo de las letras. Luego, Fernanda Macchi, en “La primera parte de los *Comentarios reales de los Incas* 114 años después”, precisa que la segunda edición de los *Comentarios*, publicada en Madrid en 1723 a cargo de Andrés González de Barcia, adquiere significación política al plantear la restitución de la fama y gloria del imperio español. Barcia se propone justificar la conquista, acentuando el papel decisivo de la corona española en la evangelización de los indígenas. Esta parte concluye con el artículo “Don Álvaro y el Inca: del mestizaje armónico al sujeto migrante” de Enrique Cortez, quien propone una comparación alrededor de la noción de mestizaje entre los *Comentarios* y *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835), del Duque de Rivas. Cortez sostiene que allí donde Garcilaso elimina toda fisura bajo la concepción de un mestizaje aristocrático, armónico y, por eso mismo, imposible, el duque de Rivas ofrece un “comentario actual a problemáticas largo tiempo discutidas en el Perú” (316). En efecto, don Álvaro, personaje mestizo y migrante inspirado en la biografía del Inca, según apunta Cortez, subsume la profunda heterogeneidad inherente al mestizaje y a la experiencia de la migración, de manera que el trágico fin que le espera al final del drama “abre la posibilidad de leer alegóricamente la trayectoria del [...] mestizo, como un recorrido sin futuro” (323).

Cierra el libro la sección “Derecho, raza y modernidad”, donde se encuentran los trabajos de Raúl

Marrero-Fente (“Colonialismo, derecho y cultura en los *Comentarios reales*”), Julio Ortega (“El Inca Garcilaso y la traducción”), José Ignacio López Soria (“Tradición y modernidad en los *Comentarios reales*”), Margarita Zamora (“Sobre la cuestión de la raza en los *Comentarios reales*”) y Mabel Moraña (“Alternativa intelectual en el Inca Garcilaso”). Marrero-Fente llama la atención sobre la transversalidad de la cultura como condición necesaria para entender el tópico de la jurisdicción andina en los *Comentarios*, rescatando como ejemplo de ello la referencia al castigo del asolamiento. Ortega argumenta, por su parte, que la traducción en la obra del Inca debe entenderse como una “construcción de lo comparable”, para la cual es necesaria la complementariedad entre la escritura y el libro (morada de un lenguaje constituido en la remembranza), así como el paralelismo con lo clásico. La traducción, entendida como un acto de re-creación, supone una forma de interpretación histórica y ahí radica el aporte de Garcilaso en el amplio archivo humanista. Por otro lado, López Soria ensaya una lectura sobre la convivencia de tradición y modernidad en los *Comentarios*, partiendo de la premisa de que nuestro autor constituye una subjetividad “problemática” (moderna) desde la escritura, aun cuando emplea una forma narrativa premoderna como la “crónica”. El Inca construye un horizonte de significación que tiende puentes entre los saberes indígenas y renacentistas, configurando y negociando su identidad en el acto de escribir. Zamora indaga la cuestión racial en la obra

del Inca y observa que en los siglos XVI y XVII esta noción no establecía diferencias físicas y biológicas, sino que significaba un defecto moral vinculado a la etnicidad (“raza” judía o musulmana). Así, la estigmatización legal de los mestizos derivaba de la actividad sexual concebida como una transgresión moral, mientras que a los indios se les impuso la categoría legal de “miserables”, situándolos por debajo de “los españoles ‘menores’, las mujeres y los minusválidos” (375). Al considerar la cuestión racial como una agencia, Garcilaso se posiciona ética y políticamente como escritor ante sus pares del Perú, a quienes representa y sirve debido a su condición de súbditos de la corona. Finalmente, Moraña sostiene que la obra del Inca se distingue como la elaboración de un lugar enunciativo desde donde se interpela al saber hegemónico, se configura un campo cultural alrededor del tema de la *diferencia colonial*, y se reivindica la periferia como espacio de producción y diseminación de contenidos culturales. El aporte fundamental de la obra garcilasiana consistiría, entonces, en la *disrupción* de los discursos e imaginarios del orden imperial de su época. Ahí también radica su actualidad, pues en la *diferencia* de su obra, esa cualidad de la alteridad periférica de la que emerge lo disruptivo, se puede percibir el poder del sistema imperial “que sojuzga territorios, sujetos y culturas [...] que es necesario dejar al descubierto” (389).

En conjunto, los trabajos de este volumen subrayan el signo ideológico que marca toda escritura, y que en el caso del Inca adquiere sentido

desde la posición periférica que su condición mestiza le otorga. He ahí una política del texto que se actualiza. En estos tiempos conflictivos, de leyes anti-migratorias e intolerancia diseminada por poderosas democracias ultraconservadoras, la obra garcilasiana nos invita a pensar en la función y eficacia simbólica de la escritura como una forma de acción política y resistencia cultural.

José Cornelio Bello
Georgetown University

Liliana Reales. *A vigilia da escrita. Onetti e a desconstrução*. Florianópolis: Editora da UFSC, 2009. 292 pp.

Cuando una tesis doctoral supera las convenciones de género y logra el desarrollo de una escritura que propone su propio marco teórico, es el instante en el cual el manuscrito institucional se ha convertido en texto; cuando éste da cuenta del proceso por el cual su autora recorta su objeto y de ahí construye un modo de leer, estamos ante un libro que marca posición y, al decir de Juan Carlos Mondragón, por ello se vuelve imprescindible. Liliana Reales es quien firma el producto de su investigación en cuyo transcurso diseña una cartografía de saberes, los cuales, desde un diestro manejo de la filosofía (Heidegger, Derrida, Blanchot, etc.), la teoría literaria (Barthes) y el análisis de la cultura mediante la reposición del signo lingüístico en el proceso dinámico de la semiosis social (Baudrillard), confluyen en un nombre mayúsculo para las letras latinoamericanas y, particularmente, rio-

platenses: Juan Carlos Onetti. *A vigília da escrita. Onetti e a desconstrução*, despliega en sus páginas hipótesis, problemas, aserciones, eficazmente convencidas y convincentes, para además entablar con la comunidad de lectores un diálogo, vertido en el planteo, la polémica y la revisión. Es notable en la autora el gesto y el acto de búsqueda que alcanza a constituirse como una voz singular en el campo de la crítica y es esa voz la que propone abordar el corpus textual como categoría suplementaria, extensiva del cuerpo, entendido como operaciones, tramas (tejidos) que la letra asume como materialidad y que refleja al sesgo los vínculos constitutivos de los personajes: sexualidad, identidad, y el lugar siempre indecible que el espacio y las ciudades (imaginarias, inventadas) implican para la formación del yo. Si el punto de partida que toma Reales es el de la desconstrucción de la referencialidad para la construcción del mundo onettiano, ella marca precisamente que el referente es el lenguaje, el discurso y la tradición recreada de la oralidad y la escritura acerca de los pactos de lectura colectivos, por los que la violencia y la ruptura funcionan como discontinuidad de la supuesta comunicación. De allí que los binomios o las antinomias logocéntricas sean operadas en la letra deliberadamente vacilante, no en el código fantástico de Borges o Cortázar, tampoco en el realismo maravilloso de García Márquez; porque si hay una inscripción de lo real o del mundo es aquella que procede a invertir las categorías atribuidas por la cultura occidental para luego desplazarla hacia los confines de la

diferencia y de lo nuevo. Los textos centrales que trabaja Reales son *Para una tumba sin nombre* y *La vida breve*, puntos de partida y de llegada que incluyen un recorrido por el conjunto completo de la obra (*El pozo, El astillero, Juntacadáveres, Los adioses, Tan triste como ella, Dejemos hablar al viento*) más las experiencias que realizan la imagen y mito del autor. Me refiero a *Cuando ya no importe* y aquellas circunstancias que, lejos de ser ajenas al proceso de producción que es la escritura, forman parte desde las operaciones que involucran a los editores, al mercado, los premios (recordemos el Cervantes), al sistema de circulación que agencia una tipología de lectores. Asimismo, las vicisitudes del reordenamiento de los manuscritos, los epígrafes y las dedicatorias, contribuyen al replanteo de la ya clásica pregunta foucaultiana, ¿qué es un autor?.

En el análisis por el cual la autora reconoce que en la obra de Onetti se supera la metafísica del signo por el juego desestabilizador que privilegia al significante, podemos leer que la lógica de la ambivalencia es una experiencia narrativa, desautorización de los axiomas hermenéuticos de la identidad, de la verdad, del autor, la obra y el origen. Y Reales demuestra con solvencia que la verdad del texto es el desplazamiento de las jerarquías, deriva promovida en personajes iniciáticos de Díaz Grey y Jorge Malabia, con sus versiones, relatos e imposibilidades de llegar al centro fijo de Rita, la ex-sirvienta y más tarde prostituta, que junto a su chico cuenta historias en la terminal de Constitución, en Buenos Aires,

para sobrevivir, cuando deja por primera vez Santa María. Si el cuerpo de la mujer será objeto de deseo del joven Malabia, debatido entre los valores burgueses (familia, dinero, ley) y su transgresión, la historia lo será por parte del médico que procura descifrar lo que aparece como inaprehensible. Es entre los personajes masculinos, el viejo y el joven, donde Liliana Reales señala su punto de partida en tanto duelo que posibilita la subversión de la economía del relato clásico, orientado a integrar de modo directo el relato de un universo cognoscible. De esta manera, Reales consigue desnaturalizar los papeles asignados en la tradición cultural, asumiendo el desafío de los personajes como reto ante el error –errancia– y la ausencia. Es digno de atención el modo de lectura que desde y hacia los textos presta atención al sentido político del mismo, no como panfleto, sino como letra sesgada en la metonimia de la imagen y el relato; así funciona la escena del entierro, que en esta historia es el camino desconocido, la llegada del cortejo fúnebre “por izquierda y por sorpresa”, es decir, de modo imprevisto, súbito, catastrófico. Así, la “confusión sin esperanza, el relato sin final posible” (Onetti), se presentan como deflagración de la escritura allí donde la palabra y nuestra naturaleza furtiva siempre hablaron antes de nosotros (Derrida), donde el sujeto es la secundariedad irreducible, en falta, en estado de robo, y donde sin embargo se aloja la lengua en el campo histórico y nuestro poder inaugural en la paradoja de lo nuevo como lo más arcaico. Es pertinente y oportuna la observa-

ción de Reales al distinguir la modalidad experimental de Onetti en base a la ambigüedad, del registro que instalaron las vanguardias como fiesta cosmopolita y creación lúdica de las palabras. Por ello, se detiene en los signos del nombre propio los cuales sugieren conexiones con el sistema pronominal, donde “Todos nosotros, los notables...” (Onetti) disemina los rastros de una ironía que apela a la cultura y la comunidad. Porque si mala-labia impone el mal-decir, el rezagado del espacio de aceptabilidad colectiva, Díaz Grey repone la grieta, el doble linaje del español y del inglés. Así es como la textualidad de Onetti instala el intervalo, la ruptura que oscila entre el orden y el desorden, la ciencia (el médico) y la poesía (Malabia). Si la escritura de Onetti implica problemáticas ideológicas y culturales, concepciones del sentido y lo real, desde luego su trabajo atañe al orden simbólico y Liliana Reales también se detiene en el estilo y la sintaxis que es, ante todo, indirecta, sinuosa; allí es donde se ponen en tensión los paradigmas culturales, desbrozados en oposiciones o binomios que la autora relee como juegos que la escritura asume en forma de metonimia. La contrahistoria dudosa, la (con)-fabulación del joven es el relato y circula en una economía evitando las exigencias sociales, las finalidades instrumentales; y en ese derroche, como dice Reales, su esfuerzo no consiste sino en “desprostituir la prostituta”, en un proceso donde en rigor no hay cambio ni trueque, sino pérdida que vuelve imposible la distinción clara entre lo verosímil y lo falso. Las formas donde se

constituyen lugares articulan el sistema de enunciación. De este modo, los límites o las separaciones entre el lado de acá y la otredad son figuraciones que emergen desde la marginalidad, allí donde los personajes femeninos son las huellas de la prostitución o de la locura, simulacros de trampas donde el hombre transita el pasaje ritual del poder hasta su transformación. Queca y Brausen/Arce son entonces personajes clave para los cuales la transgresión y el posterior asesinato diluyen la identidad, efecto intensificado en los remedos, las imitaciones, los sarcasmos y las traducciones que ponen en relieve el carácter fundamental de la lengua y el mundo. Ese parece ser el sentido de la repetición de un enunciado: “mundo loco”, dice Queca. Apropiación vacilante de la constitución incierta del sujeto en el carnaval siempre desplazado del lenguaje y lo real.

Nancy Fernández

Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET

Hugo Gola. *Las vueltas del río: Juan L. Ortiz y Juan José Saer*. México: Mangos de Hacha, 2010. 62 pp.

A la reciente publicación de la obra completa de Amaro Villanueva por la Universidad Nacional de Entre Ríos y de Carlos Mastronardi por la Universidad Nacional del Litoral (que además ha reeditado la de Juan L. Ortiz fortaleciendo su intervención sobre el campo literario) se une la aparición de este libro firmado por Hugo Gola que, como Juan José Saer, había puesto a cir-

cular su poesía por el sello litoraleño algunos años después de la reinstauración democrática en Argentina: *Jugar con fuego. Poemas 1956-1984* sale a la calle en 1987 y un año más tarde, *El arte de narrar*.

Las vueltas del río: Juan L. Ortiz y Juan José Saer se inscribe en la trama de relecturas de la tradición poética que se funda en “la zona” (término que Saer utiliza profusamente y que, más allá de la geografía, designa al universo creado por su escritura que recorta y funde, desde el registro descolonizado del habla rioplatense, experiencias de muy diversos tiempos; como subraya Gola, “su ‘zona’ era un lugar preciso, pero allí sucedían conflictos universales. Algo semejante a lo que fue el Piamonte para Pavese o Dublín para Joyce” [43]). Paco Urondo, Juan José Saer, Hugo Gola son los nombres de los entonces jóvenes poetas que encarnaban las míticas peregrinaciones a la casa de Juan L. Ortiz en Paraná. Hoy, leídos junto a Carlos Mastronardi y Amaro Villanueva: festivales de poesía, homenajes, trabajos de archivo, estudios críticos y una proliferación de investigaciones en curso vuelven sobre ellos y hablan de algo que todavía no se sabe sobre sus escrituras. De esas vueltas participa este texto de Gola.

Sus aportes pueden desagregarse al menos en tres órdenes. En primer lugar, lo que se impone al lector es un relato (algo que casi todo investigador busca cuando solicita una entrevista que pretende obtener algún dato más sobre los escritores que estudia). Tal como lo promete el título, el libro se organiza alrededor de dos figuras: Juan L.

Ortiz y Juan José Saer. Las imágenes que las historias narradas componen confirman las representaciones más o menos extendidas de cada uno: la de un Juanele transido por la fuga del tiempo y por el “dolor y el sufrimiento de todo lo viviente” (7), apasionado por la lectura, al margen de toda ortodoxia y en “actitud alerta” (11) contra los “estragos de la mentalidad provinciana” (posición caracterizada por Beatriz Sarlo como “regionalismo-no-regionalista”); la de un Saer inquebrantable, desmesurado, irascible y polemista (“Saer estaba dispuesto siempre a defender aquello que pensaba, sin medir las consecuencias” [37]).

“Escribo para guardar”, había confesado alguna vez Jacques Derrida mientras se apresuraba a añadir: “para poder repetir aquello que uno ama”. Gola lleva al papel ciertas escenas que había comentado en diversos encuentros. Por alguna razón, quizás cercana a la de Derrida, graba en un soporte más seguro que la memoria de sus oyentes algunas de estas historias: la del joven Saer, expulsado del diario local por sus ideas que incomodaban a ciertos sectores de una ciudad de provincia cuya moral pacata podía soportar un replanteo estético siempre y cuando no hostilizara los entonces aparentemente uniformes ordenamientos de las conductas sexuales; la de su intempestiva y desconcertante intervención en un encuentro de escritores; su audaz confrontación con Jorge Luis Borges sobre la poesía de Juanele durante un viaje en tren, entre otras. Trae también la silueta del ya muy anciano Juanele, despidiéndose de

sus amigos allí mismo cuando cruza su último umbral: “Se recostó por un momento y luego, haciendo un último esfuerzo, se levantó de su cama para, con su cortesía acostumbrada, despedirse de sus amigos ausentes. *Bueno Paco, dijo, bueno Saer, bueno Hugo, bueno Mario...* Luego regresó a su cama y unos minutos después su vida había terminado. Imperceptiblemente cambió de estado; con un último gesto cordial se despidió de la vida, serenamente, como había vivido, como siempre quiso que fuera ese pasaje” (9).

Mientras hilvana estos recuerdos, Gola delinea una imagen de sí a la vez que plantea hipótesis provocativas. Mientras consolida una filiación, una compleja trama de dones y deudas, cuenta su propia historia: su exilio, su relación con la poesía, con el país y sus instituciones; su manera de entender la “patria”, la lengua, la literatura, la gestión editorial. A partir de ella revisa cuestiones nodales de las poéticas de ambos. Gola lee “El Gualaguay” como un “poema épico, a pesar del constante acento lírico del autor” (22); lee la obra de Saer en clave de poesía: “toda su obra, aún la ensayística, debía inscribirse en el espacio de la poesía” (56). La tesis derrideana sobre la participación de todo texto en más de un género sin pertenecer con exclusividad a ninguno, motivada en la obra de Maurice Blanchot, se activa y se reinventa desde otra producción y desde otra desconstrucción: la de Saer que descalabra los géneros y los criterios que orientaban su taxonomía. Los tres escritos sobre el santafesino atan los argumentos que fundamentan su tesis: descrip-

ciones encadenadas sobre cuándo y cómo Saer trabajó en poesía, sobre sus tiempos de escritura y de publicación, sobre sus lecturas y sus traducciones. Simplemente a modo de muestra del riesgo y la potencia de sus conjeturas, vuelvo sobre ese pasaje en el que Gola lee en la práctica de traducción de Saer el hilo de continuidad de su trabajo y de su búsqueda poética: “Aunque ya no los escribiera, no dejó nunca de cortejar a la poesía. Su manera de hacerlo fue mediante el ejercicio de la traducción” (57). Y agrega: “Alguna vez pensé que existía una indudable proximidad entre la obra de Saer y la de un escritor italiano que él admiraba, Cesare Pavese... En ambas la poesía constituye el origen y el fin de la escritura” (58).

Analía Gerbaudo

Universidad Nacional del Litoral /
CONICET

El Japón heroico y galante de Enrique Gómez Carrillo. Edición, introducción y notas Ricardo de la Fuente Ballesteros. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2011. 264 pp.

La figura del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) empieza a ser revalorizada con nuevas ediciones de su obra literaria. *Treinta años de mi vida, Ciudades de ensueño, Fez, la andaluza, En plena bohemia, La Grecia eterna*, y la obra que nos ocupa, *El Japón heroico y galante*, han sido editadas en los últimos diez años.

Ricardo de la Fuente Ballesteros nos presenta una edición crítica de *El Japón heroico y galante* (2011) en la

que se reproduce la última edición en vida de Gómez Carrillo publicada en sus *Obras Completas* por la Editorial Mundo Latino. En su clara exposición introductoria y las múltiples notas aclaratorias, el lector tendrá acceso a una más que necesaria contextualización de la vida literaria, de la necesidad de Gómez Carrillo por crearse una máscara bohemia, del gusto por hacerse de sí mismo autobiografía, y de la vitalidad que marcó los primeros años literarios de un incipiente escritor que intentaba por todos los medios hacerse un hueco en el mundo literario finisecular, utilizando no ya su exquisita pluma como medio, sino además su habilidad para aunar aún más la dialéctica hombre-literatura: “Él vivió siempre con su máscara y mirándose en el espejo, componiendo su figura, metamorfoseándose en la opacidad de los signos que le representan, con sus puntos de fuga, pero siempre anclado en la teatralidad, en la representación de su yo frívolo, y fondeado en la ciudad de la luz” (30).

Tras un repaso histórico-literario por los primeros años de singladuras periodísticas (*El día, Diario de la tarde*), que en verdad nunca abandonaría (ya posteriormente, *Mercure de France, La Nación* de Buenos Aires, *El liberal, ABC, Revista de España, Electra, Mundial Magazine*), esta introducción nos descubre el paso de Enrique Gómez Carrillo por París y por el descorazonado Madrid “atada a la tradición e incapacitada para aceptar lo nuevo” (11). Carrillo destacará como cronista y posteriormente como cronista de viajes, género en

el que con absoluta excepcionalidad se perciben como marcas estilísticas su “ambigüedad, fragmentarismo, inacabamiento, impresionismo, narración discontinua, percepción individual, sugerencia de la espontaneidad de la creación, acumulación y repetición” (20). Carrillo mantiene en estas crónicas de viajes un doble estatuto, el de las emociones y el de proporcionar una sensación cabal del mundo vivido, y “este desacuerdo entre el yo y el mundo se concreta en la búsqueda de espacios exóticos que permitan la evasión y produce una suerte de maquinismo sensóreo” (23). De ahí que lo oriental se convierta en un punto accesible para la imaginación finisecular y en Carrillo “hay mucho de tópico porque necesita hacer de su relato algo reconocible”. Su deseo de vivir y reflejar esa vida en estas crónicas de viajes, como en *El Japón heroico y galante*, es, aprendemos, una búsqueda de sensaciones “paradigmátic[a] de la *episteme* de una época en crisis, entre la razón dominadora y totalitaria, y el irracionalismo que reivindica el lado oscuro del hombre, las emociones, impresiones, sensaciones” (27).

Uno de los aspectos más destacados de esta edición es la claridad de las notas explicativas que acompañan *El Japón heroico y galante*, y más si enfatizamos el laborioso trabajo de documentación de Gómez Carrillo a la hora de redactar sus crónicas japonesas. Pues es “un cuadro trabado que informa y explora en la realidad japonesa que vivió el autor en 1905, además de ser sus peculiares ‘sensaciones’ en el corto espacio de tiempo que disfrutó en el Mikado” (32). En estas

notas críticas el lector podrá reconocer no sólo el valor de los datos compilados por Gómez Carrillo en la obra, o su elevado estilo prosístico, sino las referencias culturales y literarias al pasado oriental y sus referencias intertextuales. Estas crónicas japonesas se hacen de difícil comprensión sin tales notas y, asimismo, refuerzan su valor y su calidad literaria. Como el mismo Ricardo de la Fuente destaca en la presente edición crítica “[...] hoy la figura de Gómez Carrillo se nos presenta como lo que siempre fue: un prosista extraordinario que alcanzó el puesto que tiene en su época no por la casualidad o sus manejos publicitarios, sino por la calidad e interés de sus obras” (15).

Otro de los aspectos más destacados de esta edición es la fijación textual que se propone. Si como decía al principio se sigue la edición publicada en *Obras completas* por la Editorial Mundo Latino, ésta se ha comprobado con la edición de Renacimiento de 1912. A su vez, se repasan los libros de Gómez Carrillo *Marsella a Tokyo* y *El alma japonesa*, “la cantera de donde se extraen los diversos artículos que confeccionaron *El Japón heroico y galante*” (48). Dándose en nota a pie de página las necesarias explicaciones sobre las transliteraciones de nombres japoneses, los errores de composición nominal debido a la transcripción que se realizaba a principios del siglo XX o a errores de las fuentes francesas que utiliza Gómez Carrillo.

En cualquier caso, si en la introducción se nos aporta una contextualización histórico literaria del momento de producción de *El Ja-*

pón heroico y galante para poder así entender el valor literario y estético de la producción finisecular de Gómez Carrillo y una detallada información sobre los catorce capítulos de que consta la obra, y si en las múltiples notas se explican los aspectos textuales y culturales de la obra, es justo decir que nos encontramos, por fin, ante una edición esmerada que otorga a la obra de Gómez Carrillo los valores estéticos y nocionales de su mirada japonesa. Es menester decir aquí que sería más que deseable que todo profesor y estudiante universitario que se acerque a *El Japón heroico y galante* y a Enrique Gómez Carrillo tuviera a mano esta edición crítica.

José Manuel Goñi Pérez
Aberystwyth University,
Wales (UK)

Susan Antebi. *Carnal Inscriptions. Spanish American Narratives of Corporeal Difference and Disability*. New York: Palgrave MacMillan, 2009. xi + 256 pp.

En *Carnal Inscriptions*, Susan Antebi interroga sobre la forma en que diferentes narrativas latinoamericanas han abordado desde finales del siglo XIX la discapacidad física y la diferencia corporal. Al hacerlo, pone en cuestionamiento la definición misma de estos conceptos. Siguiendo los debates más recientes acerca de la discapacidad, Antebi se aproxima a esta noción como un concepto socialmente construido, y situado en un terreno inestable entre una materialidad corporal y una representación social que

clasifica y jerarquiza los cuerpos marcándolos como diferentes.

La estrategia metodológica empleada por la autora consiste en yuxtaponer dos textos dispares que aborden el mismo punto: la diferencia corporal. La disparidad puede ser temporal, formal y más frecuentemente de grado de canonicidad. El análisis de Antebi sistemáticamente enfrenta obras y autores reconocidos en el canon de los estudios literarios latinoamericanos, con producciones menos exploradas por la crítica o el público. Al hacerlo, busca recontextualizar cada narrativa, ofreciendo nuevas lecturas acerca de la discapacidad. A la vez, al poner en diálogo estos textos disímiles, cuestiona los límites del concepto mismo del canon de la narrativa latinoamericana, enfrentándolo a sus limitaciones geográficas, políticas y geopolíticas; se trata de autores que difícilmente pueden clasificarse en una única nacionalidad como Mario Bellatin, o de textos nacidos precisamente de la dislocación espacial de su autor como en el caso de José Martí en Coney Island, o de los porosos límites entre narrativa y *mass media* en los performances de Coco Fusco y los cuentos de Naief Yehya.

La lectura de Antebi sobre estos textos produce dos resultados: atrae la mirada del lector acerca de la diferencia corporal, un tema que no es explorado frecuentemente. A la vez, los reposiciona desde un espacio marginal hacia uno mucho más notable, mostrando cómo las diferencias corporales han sido comúnmente empleadas como metáforas para pensar sobre la diferencia cultural, étnica, nacional y política.

Aún más, expone los límites de la narrativa en sus intentos por atrapar ese cuerpo que existe por fuera del texto, mientras muestra cómo aparece un cuerpo textual cuya existencia es central en la representación sobre la identidad en Latinoamérica. Estas representaciones sobre el cuerpo se hallan en tensión entre categorías como la autenticidad y la falsedad que permean la lectura que hacemos de ellos, no sólo como lectores, sino también como espectadores de los modernos programas de televisión del estilo de “Cristina” o “Laura en América”.

En los dos primeros capítulos, la autora delinea la tropología sobre la cual la narrativa latinoamericana ha construido representaciones sobre la diferencia corporal. En el primer capítulo, José Martí y Juan José Tablada se enfrentan a los espectáculos de “Freaks” de Coney Island a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Sus respectivas lecturas están cargadas de imágenes históricamente construidas sobre la diferencia cultural como discrepancia física, más concretamente como monstruosidad. Desde el siglo XVI la imagen de Calibán ha sido una poderosa metáfora para pensar la alteridad, y asignarle valores morales, ya sea en Shakespeare o Retamar. Calibán forma parte del archivo textual y visual a través del cual Martí piensa la diferencia entre un “nosotros” latinoamericano y un “ellos” estadounidense. El otro es un monstruo industrial, mecanizado, en el que se encarna una diferencia de espíritu entre la identidad del exiliado y la de aquellos a quienes observa. En Tablada, el

archivo se amplía hacia otros textos como la autobiografía de P. T. Barnum, empresario circense norteamericano. En un juego de espejos, como aquel de los espectáculos que él mismo presencia, Tablada critica la fascinación norteamericana con el espectáculo del engaño, pero a la vez revela su propia fascinación nostálgica hacia el show representado en la escritura de Barnum. Este capítulo muestra con éxito el papel tan importante que la diferencia corporal ha jugado en la construcción de identidades en Latinoamérica.

En el segundo capítulo, la autora expone cómo el cuerpo de la mujer doble en el cuento “La doble y única mujer” de Pablo Palacio se plantea una crítica de las estructuras de poder en la sociedad ecuatoriana de las primeras décadas del siglo XX. En la década de los 80, Jorge Velasco Mackenzie reescribe la misma historia en “El caballero de la mano en el pecho”. En esta nueva versión (la historia de unos ecuatorianos en España que conocen a un enigmático caballero que mantiene su mano en el pecho como signo de respeto por su padre), el autor emplea dicho acto corporal para poner en evidencia las complejas relaciones entre la ex colonia y la ex metrópoli, el personaje y su padre, y la historia de 1983 en relación con la de 1927.

Los capítulos tres, cuatro y cinco, además de examinar materiales más contemporáneos, plantean las relaciones entre diferencia étnica y diferencia corporal. En el capítulo tercero explora las novelas *El hablador* (1987) de Mario Vargas Llosa y *Santa María del Circo* (1998)

de David Toscana. En ellas los dos personajes centrales comparten un rasgo físico que los diferencia: una mancha en el rostro en el caso del Saúl de Vargas Llosa, y una pequeña estatura en el caso del Natanael de Toscana. La verdadera identidad de estos personajes se convierte en un acertijo que desde el comienzo de la narración se le presenta al autor, siendo la diferencia física una de las pistas principales en el proceso de resolver el enigma. La identidad develada resulta en una diferencia étnica no totalmente comprobable; en el caso de Saúl de origen judío que presumiblemente se convierte en el hablador de los machiguengas; en el caso de Natanael, un sospechado criptojudasmo, insinuado pero nunca confirmado por Toscana.

El capítulo cuarto aborda diferentes intersecciones entre performance y escritura en tres materiales diferentes: “The Couple in the Cage”, performance de Coco Fusco y Guillermo Gómez Peña, el documental sobre el mismo, dirigido por Fusco y Paula Heredia, así como el cuento “La gente de Latex”, incluido en *Historias de mujeres malas* (2001) de la escritora Naef Yehya. Estos tres materiales comparten un intento por criticar una cultura massmediática y bizarra que se aprovecha de construcciones históricas sobre la diferencia corporal como diferencia étnica. Sin embargo, en el acto mismo de la performance, las distancias que separan a los espectadores de los actores se rompen. Las reacciones de los espectadores al ver a una pareja “salvaje” encerrada se convierten en objeto mismo de interés, sin que

siempre quede claro si el ejercicio mismo de la performance rompió con los estereotipos e ideas preconcebidas que buscaba quebrar. En el cuento de Yehya, la relación entre dos “actores” que hacen el papel de gente real en un programa de entrevistas de la televisión permea los límites entre realidad y fantasía, entre autenticidad y falsedad, al construir una narrativa que nos expone como espectadores detrás de escena a personajes que parecen siempre estar actuando.

El capítulo quinto propone una lectura de la novela *Shiki Nagaoka* del escritor Mario Bellatin a través del dispositivo de la cámara clara de Salvador Elizondo. En este caso el enigma corporal que se le plantea al autor es el de la supuesta enorme nariz del fotógrafo Nagaoka, personaje central de la novela. Su vida se nos presenta a través de espacios vacíos en los cuales él no aparece, pero que fueron habitados por él, creando el mismo efecto que la cámara clara: dando materialidad a una presencia, capturando y representando los objetos que lo rodean, pero que no son ni externos ni internos a Nagaoka. Este capítulo permite a Antebi abordar el problema de una relación entre occidental y no occidental, refiriéndose a la relación entre el personaje japonés “Nagaoka” y Bellatin, el autor latinoamericano.

El capítulo final problematiza la intersección entre el cuerpo material y cuerpo textual en la literatura de testimonio, específicamente en la autobiografía de Gaby Brimmer (1988) escrita en colaboración con Elena Poniatowska, y la película *Gaby, una historia verdadera* dirigida

en 1987 por Luis Mandoki. Siguiendo con su propuesta metodológica, Antebi yuxtapone estos dos materiales con el testimonio de Rigoberta Menchú *Me llamo Rigoberta Menchú*. El resultado es complejo y puede ser leído de varias maneras, pero vale la pena referirse a un elemento central al argumento general del libro: el lugar marginal en que la diferencia corporal ha sido ubicada por aquellos que critican sus carencias como reivindicación política. En contraposición al enorme valor político que tradicionalmente posee el testimonio, el de Brimmer ha sido leído como menos político que otros trabajos de Poniatowska. Antebi problematiza esta lectura, devolviendo al texto todos sus matices políticos, no sólo por la experiencia misma de Brimmer, sino además como evidencia de la despolitización con que han sido leídas las reivindicaciones sobre la diferencia corporal, al ser reducidas a problemas individuales.

El libro de Antebi demuestra de manera contundente que la diferencia corporal ha estado en el centro del campo literario latinoamericano, no en los márgenes. Su aporte al campo de los estudios literarios es por partida doble: de un lado, a través de una lectura teóricamente densa, muestra los matices que enlazan las obras canónicas con aquellas frecuentemente marginalizadas en el canon, a la vez que evidencia la centralidad que el supuesto "margen" ha tenido a la hora de pensar en la identidad latinoamericana. De otro lado, el libro está construido desde una sólida estrategia metodológica que constituye en sí misma un claro

aporte a los estudios literarios y culturales sobre Latinoamérica. Gracias a un sofisticado análisis teórico y una sólida estrategia metodológica, *Carnal Inscriptions* restituye su complejidad a un tema frecuentemente pasado por alto por la crítica.

Mercedes López Rodríguez
Georgetown University

Rubén Quiroz Ávila. *La razón racial. Clemente Palma y el racismo a fines del siglo XIX*. Lima: Universidad Científica del Sur, 2010. 104 pp.

La razón racial. Clemente Palma y el racismo a fines del siglo XIX trae a la presencia una variable significativa del pasado del propio presente peruano. Se trata del racismo, una herencia que nos viene de los días del coloniaje y que, como ha mostrado recientemente Jorge Bruce en *Nos habíamos choleado tanto*, sigue habitando nuestro imaginario y nuestras prácticas cotidianas.

Subrayo, en primer lugar, que el libro esté dedicado a David Sobrevilla, un filósofo peruano que, siguiendo inicialmente el sembrío de Augusto Salazar Bondy, ha empeñado sus reconocidas competencias en reconstruir y "repensar" (término que le es particularmente querido) nuestra tradición filosófica de los dos últimos siglos. El campo abierto por estos maestros sanmarquinos está siendo hoy cultivado por nuevas generaciones de filósofos, en un esfuerzo encomiable por visitar nuestras tradiciones filosóficas, remontándose, en algunos

casos, con el apoyo de profesores como José Carlos Ballón, hasta el pensamiento de la época colonial. No se puede desconocer, por otra parte, que hay otros profesores como Alberto Quintanilla y Augusto Castro, que están también contribuyendo al mejor conocimiento del pasado filosófico peruano.

El libro de Rubén Quiroz se propone como objetivos, primero, reconstruir una parcela importante del discurso hegemónico, el de las razas, analizando su contenido y estrategia de producción e instalación, y, segundo, deconstruir ese discurso, dando cuenta del paradigma conceptual que le sirve de sustento y del proyecto sociopolítico en el que se inscribe. Se trata, en general, de una especie de genealogía o arqueología de una forma de exclusión, el racismo, que llega, solapada a veces y a veces desbocada, hasta nuestros días.

Para cumplir ese propósito, el autor adopta como estrategia discursiva la exploración de los referentes filosóficos y la pragmática expresiva de Clemente Palma, estudia luego el racismo en la narrativa de este escritor y analiza, finalmente, en perspectiva hermenéutica *El porvenir de las razas en el Perú*, libro que publicara Palma en 1897. Quiroz termina con unas reflexiones finales, a las que sigue la bibliografía revisada en la investigación.

Con respecto a la perspectiva de abordaje del tema quiero subrayar que el autor, quien se atribuye la condición de “mestizo”, manifiesta haber sufrido en carne propia la exclusión social y simbólica y, por otra parte, ha sido beneficiario de un programa de inclusión a través

de una “acción afirmativa” de un organismo de cooperación internacional, lo que le ha llevado a realizar estudios de postgrado en el extranjero. Desde este lugar de enunciación, Quiroz se propone, como dice en la “Introducción”, contribuir a la elaboración e instalación de un “arquetipo epistemológico menos excluyente”. El repertorio discursivo y referente epistémico de Quiroz se alimenta, además y concomitantemente, de los debates de los estudios culturales, que han puesto especial énfasis en el desocultamiento de la relación entre producción de sentido y arquitectura del poder, de las propuestas de Aníbal Quijano sobre la colonialidad del poder y del saber, y de la tradición hermenéutica, entendida más como interpretación de textos, en la línea enriquecida por Gadamer, que como “ontología débil” de la actualidad, en la versión preferida por Vattimo.

En el andamiaje teórico y narrativo desde el que el autor se acerca al tema, se advierten no pocas ausencias como las reflexiones iniciales sobre raza e identidad de F. Fanon y sobre la “invención de América” de E. O’Gorman, las reflexiones de M. Foucault y los postestructuralistas sobre el poder y la construcción de la subjetividad, las anotaciones de T. Todorov sobre el racismo, los aportes de la Escuela de Birmingham, el pensamiento de E. Lévinas sobre la “otredad”, los influyentes análisis de E. W. Said sobre las maneras occidentales de atribuir identidad al “otro”, el candente debate actual sobre subalteridad, postcolonialidad, colonialidad, interculturalidad, etc.

En cuanto a los referentes histórico-filosóficos de la época de Palma y en los que éste se basa, el autor menciona a Rodríguez de Mendoza y el Convictorio Carolino, a Sebastián Lorente, a los contemporáneos Carlos I. Lissón, Mariano H. Cornejo y Javier Prado, y a los extranjeros A. Fouillé, J.M. Guyau, G. Le Bon, D. F. Sarmiento, Ch. Darwin, C. Linneo y J.A. de Gobineau, entre otros. Espigando de estos autores ideas sueltas y tratando de articularlas desde un confuso trasfondo hecho de naturalismo, positivismo e idealismo kantiano, Palma, nos dice Quiroz, se propuso reasumir el proyecto criollo de construcción de la nación después del desastre de la guerra con Chile, tratando de pensar y legitimar una convivencia con manifiesto predominio criollo y con subordinación, si no exclusión, de los pueblos originarios, afrodescendientes, asiático-peruanos y las diversas formas de mestizaje.

En la construcción de ese pensamiento y de esa estrategia de legitimación del poder, si nos atecemos al estudio de Quiroz, Palma no tuvo en cuenta el debate entre conservadores y liberales que atravesó buena parte del siglo XIX y en el que Bartolomé Herrera y Benito Laso desempeñaron papeles relevantes; tampoco supo Palma de las propuestas y la visión del Perú que estaban poniendo ya en la agenda pública los ingenieros, arquitectos y empresarios desde la Escuela de Ingenieros y luego desde la Sociedad de Ingenieros del Perú; y, finalmente, parece que Palma no tuvo oídos para oír el discurso contrahegemónico de signo predomi-

nantemente anarquista que iban construyendo los trabajadores del incipiente sector industrial y que tenían en Manuel González Prada a un visible exponente, como parece que tampoco acertó Palma a leer el trasfondo de indignación que revelaba, a su manera, la literatura indigenista. En fin, lo que quiero decir es que, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, la lucha por el sentido, en la que evidentemente se inscribe la obra de Palma, era mucho más rica y colorida de lo que, al hilo del trabajo de Quiroz, el hijo de don Ricardo suponía. O tal vez —me arriesgo a sospechar— el autor de *El porvenir de las razas en el Perú* practicaba una “docta ignorancia” frente a todo pensamiento que debilitara su posición.

Sobre el trabajo de reconstrucción/deconstrucción en el que se embarca Rubén Quiroz, subrayo la importancia del énfasis puesto en dos aspectos: el esfuerzo por anudar, de un lado, la narrativa histórico-filosófica sobre el Perú y, del otro, el proyecto político de hegemonía criolla, incidiendo en la continuidad de la colonialidad del poder y del saber; y el intento, por parte de la “ciudad letrada” del paso del siglo XIX al XX, de “secularizar” las vigencias coloniales tratando de dotarlas de un fundamento “objetivo”, científico, recurriendo al naturalismo, al evolucionismo y al positivismo, principalmente, y poco después al espiritualismo.

Quiero terminar formulando unas preguntas. ¿Por qué hoy, es decir en los últimos lustros, la historia del racismo y sus actuales manifestaciones nos convocan al pensamiento? ¿Se trata simplemente de

una moda puesta en la pasarela por los estudios culturales y su afán por hacer de los imaginarios y mundos simbólicos el objeto preferente de investigación? ¿Por qué cuando en 1981 publiqué *El pensamiento fascista* (Lima: Mosca Azul) me regalaron los medios no críticas, sino insultos y, por el contrario, hoy se reciben con aplausos libros parecidos como el que hoy reseñamos o *Nos habíamos choleado tanto*, el exitoso libro de Jorge Bruce?

No tengo respuesta, pero sí sé que el llamado “otro” –el “excluido”, el “subalternizado”– ha tomado, en los últimos años, por sí mismo, la palabra y nos la está haciendo oír para contarnos sus historias y la nuestra. El “otro” no es más para “nosotros” una “externidad”, sino alguien que nos habla y por quien nos sentimos hablados. La palabra del “otro” nos interpela, nos convoca a explorar nuestras propias tradiciones discursivas para desocultar lo que en ellas hay de violencia física y simbólica; nos llama a ir más allá de la antigua tolerancia y de la moderna inclusión, para construir juntos una forma de convivencia que no solo liquide la violencia social y simbólica, sino que se base en un diálogo enriquecedor y gozoso entre las diversidades que nos constituyen.

El libro que hoy reseñamos se inscribe en esta utopía de nuestro tiempo. No se trata de calificar a Palma y a su entorno de racistas, sino de deconstruir las claves de ese pensamiento para explorar cuánto de esa tradición autoritaria, segregacionista, explotadora y violenta habita aún nuestra subjetividad, configura nuestras relaciones socia-

les y recorre nuestra institucionalidad.

José Ignacio López Soria
Organización de Estados
Iberoamericanos para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

Pedro Cebollero. *Discurso, retórica y agencia del criollo mexicano en “Nuevo Mundo y Conquista” de Francisco de Terrazas*. Saarbrücken: VDM, 2009. 214 pp.

Pedro Cebollero es autor del primer libro dedicado al poeta mexicano Francisco de Terrazas. Con anterioridad solamente existían artículos y ediciones de su obra, pero era necesaria la aparición de un libro como éste que ofreciera una valoración de conjunto de la vida y obra del autor novohispano. El libro de Cebollero está organizado en cinco capítulos que presentan al lector el contexto histórico y literario de Terrazas. En la Introducción explica Cebollero los propósitos de su investigación centrada en el papel de la épica en la aparición de la identidad americana, en especial en la contribución de los criollos mexicanos, siguiendo los estudios de Solange Alberro y José A. Mazzotti.

En el primer capítulo estudia el manuscrito de Terrazas, texto mediado dentro de la crónica de Baltazar Dorantes de Carranza, donde se encuentran los fragmentos de *Nuevo mundo y conquista*. Explica las fuentes del poema y las dificultades editoriales por la fragmentación de la obra, un problema presente en las ediciones pioneras de Antonio Castro Leal, Joaquín García Icazbalceta y Pedro Lasarte que

dificultan la atribución de autoría. En la última sección, Cebollero desarrolla el enfoque de su investigación a partir de una lectura retórica de la épica.

En el capítulo segundo analiza los modelos épicos en España y en Hispanoamérica en el siglo XVI y pasa revista al estado de la preceptiva literaria en esa época.

En el capítulo tercero examina la figura de la *inventio* y la construcción retórica de los héroes, antihéroes y antagonistas en el poema por medio de tres estrategias de lecturas organizadas en el estudio de los temas del poema, el empleo de la retórica judicial y la caracterización del héroe. De acuerdo con Cebollero, el poema está estructurado en torno a cuatro temas principales que abarcan el elogio de Cortés y los conquistadores, la defensa de sus descendientes de su derecho a recibir encomiendas, la injusticia contra los descendientes de los conquistadores y la mala fortuna de éstos. De ahí que se justifica el uso de los tópicos de la retórica judicial en la lectura del texto poético. Por último, resume las diferentes representaciones literarias de Cortés, Morla, Aguilar y otros conquistadores, un proceso que conlleva, de acuerdo con Cebollero, hablar de un “heroísmo de la nación étnica” en forma piramidal (44).

En el cuarto capítulo estudia la *elocutio*, los símiles homéricos, las alegorías y la caracterización de los héroes en la obra de Terrazas. En este capítulo se destacan la interpretación de Cebollero sobre el “caso de la criatura híbrida tiburón-ballena” (50-58), y los símiles bíblicos y el episodio de Aguilar como

ejemplos de construcción de los héroes.

El capítulo final del libro está dedicado al proceso de construcción de los antihéroes y antagonistas en el poema, en el que llaman la atención la lectura detenida del episodio de Huitzel y Quetzal y de la defensa de los criollos, explicada a partir del análisis de los argumentos de la agencia criolla.

El libro termina con seis conclusiones que sirven de resumen a los argumentos de cada capítulo. De ella la más importante es la afirmación de que la obra de Francisco de Terrazas se enmarca dentro del llamado discurso criollo. Contiene el libro tres apéndices con los asuntos principales de cada fragmento del poema, los símiles homéricos, y algunos cambios importantes sobre las leyes de la encomienda en la Nueva España. Por la calidad de la investigación y el desarrollo de las ideas, este libro de Pedro Cebollero constituye un valioso aporte a los estudios sobre la poesía épica colonial y la historia cultural de México.

Raúl Marrero-Fente
University of Minnesota

Gisela Heffes. *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana.* Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2008. 288 pp.

Partiendo del concepto de ciudad propuesto por Walter Benjamin –la ciudad como escenario privilegiado para leer los conflictos de la Modernidad– y de una noción abarcadora del concepto de “literatura”, *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoame-*

ricana propone un análisis textual interdisciplinario que abre las puertas a politizar el debate acerca de lo urbano. Así, aun siendo principalmente una obra de crítica literaria, *Las ciudades* entrelaza varios campos relacionados con el análisis cultural —historia urbana, teoría literaria, historia de las ideas— y estructura una hipótesis desde la cual la ciudad actual desafía concepciones previas. La lectura interdisciplinaria es así estimulada por un análisis general y a la vez intensivo.

Las ciudades se estructura en tres partes, cada una correspondiendo a un momento específico de la historia latinoamericana. Los momentos elegidos no son consecutivos —la obra de hecho no apunta a describir procesos de transformación urbana material—, sino elegidos como ejes para examinar concepciones específicas de ciudad y sociedad en los momentos respectivos. Cada parte está compuesta de capítulos que alternan discusiones conceptuales con análisis literarios específicos. La primera parte analiza la narrativa de la “ciudad civilizada” a través del estudio de textos de mediados del siglo XIX y revisa el rol que la ciudad tomó como figura clave para la construcción de proyectos nacionales. Imaginar ciudades ideales se conformó entonces en un modo privilegiado de enmarcar los preceptos básicos que los autores buscaban proponer para la sociedad. Es interesante destacar que varios de los autores analizados, como Domingo Faustino Sarmiento, Francisco de Miranda o Simón Bolívar, eran a la vez estadistas, y que el contrapunto entre lo

literario y lo político juega un rol importante en esta sección. La segunda sección, avanzando hacia comienzos del siglo XX, analiza la construcción de la idea anarquista de “ciudad utópica”. Nuevamente lo urbano es una excusa para proponer una sociedad ideal, esta vez no como parte de la emergencia de narrativas nacionales, sino en relación con ideales sociopolíticos.

Las dos primeras partes de *Las ciudades* preparan el campo para la tercera, donde la hipótesis principal del texto será trazada. Es en esta sección donde las discusiones principales se concentran. La sección está dedicada a la “ciudad amoderana”, a fines del siglo XX, y al modo en que su concepción desafía los presupuestos de las anteriores: “durante el período que le sigue al proceso de modernización, y con la brutal aplicación de medidas neoliberales en Latinoamérica, desaparecen las ciudades utópicas, y las ciudades imaginarias vuelven a conformar espacios míticos” (201). Las ciudades presentadas en este capítulo son entonces los depojos o las sombras de aquellas propuestas por las ciudades “civilizadas” o “utópicas”. Situadas en países empobrecidos y/o devastados por políticas neoliberales, estas ciudades sufren en grados diversos de violencia de Estado o de amenazas ambientales. Hay poco lugar entonces para la inclusión de lo pedagógico.

La identidad entre ciudad y sociedad atraviesa todo el texto de *Las ciudades*. Es posible incluso proponer que, tanto en los textos del corpus como en el análisis, la discusión acerca de la sociedad subsume la consideración de la mate-

rialidad de las ciudades, que aparece entonces relegada. El modo como esto ocurre en los textos del corpus puede ser relacionado con sus objetivos. Así, los textos de la primera parte son instrumentales para un proceso de construcción de estados nacionales que intenta transmitir ideas acerca de un orden social del cual la ciudad es prácticamente metáfora. El trazado físico de estas ciudades imaginarias aparece entonces naturalmente relegado. De similar modo, podemos interpretar que la ciudad utópica carece de forma concreta porque no se propone una estructura de sociedad y la ciudad es de algún modo su reflejo. En cuanto al análisis de estos textos, a su vez, es interesante leer *Las ciudades* como el primer paso de un camino en el que historiadores urbanos y críticos literarios tenemos mucho por hacer para enlazar estas concepciones con una lectura más material de las ciudades. Sólo por dar un ejemplo, analizar los textos de Sarmiento acerca de la ciudad/sociedad ideal en contrapunto con su proyecto de parques y quintas periféricos para Buenos Aires podría ayudar a trazar una relectura enriquecida de su aporte para el proceso argentino de construcción de la identidad nacional. Lo imaginario se combinaría así con lo proyectivo. En este sentido *Las ciudades* abre un interesante campo de discusión acerca del rol de la ciudad en la historia de las ideas en general.

En un contexto de historia urbana, la hipótesis de *Las ciudades* propone una nueva lectura de la tensión entre utopía –tanto moderna como anarquista– y amoderni-

dad, permitiéndonos revisar con una nueva mirada problemas como la modernización urbana, el impacto de los proyectos de gran escala en la vida cotidiana de los habitantes y las condiciones de vida actuales en muchas ciudades de Latinoamérica. En este sentido, el trabajo de Heffes abre las puertas al estudio de las tensiones de la modernidad en la ciudad contemporánea latinoamericana desde una perspectiva literaria.

Adriana Massidda

University of Cambridge

Cristóbal de Molina. *Relación de las fábulas y los ritos de los incas*. Edición de Paloma Jiménez del Campo, transcripción de Paloma Cuenca Muñoz, coordinación de Esperanza López Parada. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2010. 328 pp.

En los últimos años, cada vez más textos coloniales están siendo publicados en ediciones cuidadas y provistas de estudios que facilitan su lectura. Debemos alegrarnos, pues todos salimos ganando de este esfuerzo. Los textos alcanzan una difusión que no tenían, es más fácil incluirlos y manejarlos en clase, y nuevas generaciones de investigadores pueden animarse a proponer nuevos enfoques de estudio.

La *Relación de las fábulas y los ritos de los incas* de Cristóbal de Molina es el primero de los textos que forman parte del código manuscrito 3169 de la Biblioteca Nacional en Madrid, y comprende los folios 2-36 según la foliación moderna del ma-

nuscrito. El códice manuscrito incluye, entre otros documentos importantes para la historiografía andina colonial, la relación en quechua sobre Huarochirí (cuya traducción de José María Arguedas al castellano lleva el título de *Dioses y hombres de Huarochirí*), y la *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú* de Joan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua.

La *Relación de las fábulas y ritos de los incas* fue escrita hacia 1573-1575 por Cristóbal de Molina (Baeza, ca. 1529) que era cura de la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, a pedido del entonces obispo del Cuzco Sebastián de Lartaun. Molina había llegado al Cuzco en 1556 y para entonces era conocido por su manejo del quechua y su arte de predicador (al punto de merecer una mención en la crónica de Guamán Poma). Y había ya escrito una *Historia de los Incas* que está perdida, pero a la que hacen referencia y utilizaron otros cronistas. Para escribir la *Relación de las fábulas y ritos de los incas* Molina se valió del testimonio de “viejos antiguos” y “maestros y sacerdotes” que habían intervenido, ya sea como participantes u organizadores de los rituales, en el tiempo de los Incas. Un método que ya había sido utilizado en 1549 por el cronista Pedro Cieza de León para escribir sobre la historia incaica en la segunda parte de su *Crónica del Perú*.

En la *Relación* pueden diferenciarse tres partes. Una primera parte más corta (folios 2-7) trata principalmente de mitos de origen y el culto al dios Sol. La segunda parte (folios 8-32) trata de rituales asociados a cada uno de los meses del

año comenzando por el mes de mayo y terminando en abril. Destacan por su extensión los relatos de agosto y abril. En el mes de agosto resalta la presencia de “oraciones” en quechua al dios Hacedor de las que el propio Molina ofrece una traducción. Una parte final (folios 32-36) introduce el tema del “taqui hongoy” a través del testimonio del clérigo presbítero Luis de Olivera.

El trabajo de equipo que coordina Esperanza López Parada nos ofrece una publicación en la que no sólo nos encontramos con la mejor transcripción del texto (a cargo de Paloma Cuenca Muñoz), sino con todo un conjunto de materiales que hacen más accesible al texto y, al mismo tiempo, muestran su importancia y complejidad. La publicación abre con un ensayo de Paloma Jiménez del Campo (a cargo de la edición), “Los lectores de Cristóbal de Molina El Cuzqueño, sus editores y esta edición”. Este ensayo describe el contexto de la escritura de la *Relación* y pasa revista a la trayectoria del manuscrito. También, nos pone al tanto de la historia editorial de manera que queden claras las diferencias con las ediciones anteriores y justificación de la presente edición, así como explicaciones de los criterios empleados para la transcripción. Sigue a este ensayo la transcripción misma del texto, acompañado de una buena cantidad de notas a pie de página. Especialmente útiles son las notas en que Paloma Cuenca Muñoz explica su lectura de palabras o pasajes en los que propone soluciones distintas –y a mi parecer superiores– contrastándolas con las que presentan ediciones anteriores. No menos escla-

recedora es la trabajada puntuación del texto, pues de ella dependen también el sentido de muchos pasajes y la facilidad de lectura. Al final de la transcripción se ofrece un “Índice Onomástico (Antropónimos y Teónimos)” y un “Léxico Cultural Incaico”.

La publicación continúa con una segunda sección titulada “Aproximaciones al texto. Molina y la *Relación*” y que consta de cuatro ensayos que estudian el texto desde ángulos distintos. El primero “Génesis, contenido y forma de la *Relación de las fábulas y ritos de los incas*”, por Evangelina Soltero Sánchez, es especialmente útil para apreciar los vínculos de la *Relación* con otros textos y acontecimientos tanto en su gestación como en la organización y temas que desarrolla. Le sigue el ensayo “Cristóbal de Molina y las crónicas heterogéneas del virreinato peruano” por José Antonio Mazzotti en el que la *Relación* es examinada dentro de su conocida propuesta de crónicas heterogéneas. Mazzotti identifica ejemplos en los que aparecen rasgos residuales de la oralidad andina en la *Relación*, al mismo tiempo que nos recuerda las diferentes formas en que otras crónicas manifiestan su carácter heterogéneo. El tercer ensayo, por Esperanza López Parada, se titula “Las voces del otro: Transculturación, escritura y resistencia”. En este ensayo -el más extenso del conjunto- López Parada nos permite apreciar la complejidad de la *Relación* reflexionando sobre temas como la posibilidad de considerar a Molina dentro de la categoría de “mestizos culturales”, la oralidad y la traducción, el discurso protoan-

tropológico, y manifestaciones textuales de poder y resistencia. El ensayo que cierra esta sección se titula “Indoamericanismos léxicos y estructuras discursivas en la *Relación* de Cristóbal de Molina”, por José María Enguita Utrilla. Este ensayo aporta, desde la disciplina lingüística, un comentario sobre la presencia y forma de empleo de “quechuismos” en la *Relación*.

La tercera y última sección de esta publicación abre con un “Análisis paleográfico y codicológico del manuscrito”, por Paloma Cuenca Muñoz, que sirve de introducción a la reproducción facsimilar del manuscrito que sigue a continuación. Una Bibliografía que enumera las ediciones anteriores de la *Relación*, estudios sobre el autor y/o su obra, y referencias generales cierra el volumen. La reproducción facsimilar es un acierto tanto porque permite —en la medida de lo posible— acceder al manuscrito en cuanto objeto material como porque nos ayuda a apreciar y entender mejor los comentarios al texto.

A esta nueva edición de la *Relación de las fábulas y ritos de los incas* se ha sumado recientemente una traducción de la misma al inglés “Account of the Fables and Rites of the Incas”, editada y traducida por Brian S. Bauer, Vania Smith-Oka, y Gabriel E. Cantarutti (University of Texas Press, 2011). Esta traducción reemplaza la que publicara Clemens R. Markham en 1873 (la primera edición de la crónica). Sin embargo, dado que ambas ediciones son casi contemporáneas, esta última en inglés no ha podido beneficiarse de la edición que aquí reseñamos.

Debemos agradecer al equipo a cargo de esta publicación el haberse sumado a la tradición de editar y comentar la *Relación de las fábulas y ritos de los incas*. Y en particular por hacerlo reconociendo el trabajo de quienes los antecedieron en su interés por dicho texto. Lamentablemente no todos los comentaristas de Molina han sabido mantener el respeto profesional que corresponde. Tal es caso de Henrique Urbano, uno de los anteriores editores de Molina, quien ha reemplazado la discrepancia académica por comentarios infames que no sólo lo descalifican como interlocutor, sino que merecen la condena de todos los que aspiramos a que el estudio de nuestra cultura refleje valores positivos.

Luis Millones Figueroa
Colby College

Ana María Amar Sánchez. *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*. Barcelona: Anthropos, 2010. 234 pp.

Ana María Amar Sánchez realizó un ambicioso proyecto que consistió en analizar las figuras de perdedores (y vencedores) en textos literarios de Hispanoamérica y España escritos en las últimas cuatro décadas. Aquí debo explicar el uso del paréntesis al referirme a vencedores porque, como lo indica el título, estos son incluidos como contracara del foco principal de este estudio: los perdedores o aquellos que se enfrentan con el trauma de la derrota republicana en la Guerra Civil española o como consecuencia de la instauración de las

dictaduras del Cono Sur que abruptamente cancelaron los proyectos de que abogaban por un cambio de estructuras. La autora elige concentrarse en los perdedores por ser persistentes aún en el fracaso, ya que mantienen la memoria de sucesos traumáticos que tuvieron lugar en el pasado. Este estudio, que examina un gran número de novelas y cuentos, consta de cuatro capítulos.

En el primero, Amar Sánchez explica las características del corpus literario que examina y lo vincula a los acontecimientos políticos que marcaron a los protagonistas de las obras seleccionadas. De particular importancia es la figura del detective latinoamericano que en las novelas estudiadas no consigue descifrar los misterios que se le presentan ya que sabe menos que los lectores. Estos detectives están marcados por la derrota de sus ideologías políticas y por eso son seres marginales. Ejemplos de estos perdedores se encuentran en los cuentos policiales de Manuel Vázquez Montalbán (*Historia de ficción política* de 1989), en las novelas pertenecientes a Santiago Gamboa (*Perder es cuestión de método*, 1997), Luis Sepúlveda (*Nombre de torero*, 1994) y Omar Prego Gadea (*Igual que una sombra*, 1998). En otros textos como *Diario de derrota* de Ramón Ordaz, *Fotos de la derrota* de Enrique Zattara y *El arte de perder* de Napoleón Baccino Ponce de León se evidencia la nostalgia y se articula la pérdida de esperanza que supieron crear los proyectos sociopolíticos de la última mitad del siglo XX. Para la autora, el perdedor surge como una figura opuesta a los gobiernos corruptos

que defienden o protegen a los culpables de crímenes y encarna al “intelectual que resistió” (26). Por tanto, el corpus de *Instrucciones para la derrota* se refiere también a los posicionamientos éticos que se observan en *Arcángeles. Doce historias de herejes del siglo XX* de Paco Ignacio Taibo II y *Para parar las aguas* de Paco Ignacio Taibo I. La autora explica que algunos textos de perdedores aparecen atravesados por la melancolía como las novelas de Leonardo Padura, *La neblina del ayer* o *Paisaje de otoño*, y otros plasman las experiencias del exilio como forma especial de la derrota, como las novelas de los chilenos José Donoso (*El jardín de al lado*), Darío Orses (*El viaducto*) y Carlos Cerda (*Morir en Berlín*). Por otra parte, Amar Sánchez afirma que en *Alivio de luto* de Marco Delgado Aparain se hace referencia a la transición democrática que genera ilusiones en Uruguay, pero que sirven para resaltar la desesperanza de los protagonistas. Consecuentemente, parte de las novelas estudiadas proponen al perdedor como un modelo que se niega a participar en los avatares políticos dado que reivindican el lugar de la memoria como forma de resistencia al tiempo presente. Estas características también se observan en las novelas de autores españoles tales como *Un largo silencio* de Ángeles Caso, *La voz dormida* de Dulce Chacón, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez y *El lápiz del carpintero* de Manuel Rivas, mientras que las novelas *El vano ayer* y *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* de Isaac Rosa y *El batallón de perdedores* de Salvador Gutiérrez Solís —ambas

publicadas a partir del año 2004—parodian el corpus.

El segundo capítulo está dedicado al marco teórico utilizado para aproximarse a los textos elegidos. Amar Sánchez difiere de la postura de Idelver Avelar que sostiene en *Alegorías de la derrota* que los autores hacen un duelo personal, al proponer que los perdedores resisten a través de la memoria. La autora se basa en escritos Edward Said, E.M. Cioran y Luis Avilés (a propósito de Hannah Arendt) para resaltar que la labor de resistencia es propia del intelectual. También, los conceptos de Theodor Adorno sobre la importancia de la ficción le sirven para fundamentar el distanciamiento del poder político que se evidencia en los textos estudiados. Los textos de este corpus son leídos a la luz de las teorías de Alain Badiou, Giorgio Agamben y Michel Onfray (entre otros), que relacionan la política con el ejercicio de la ética y la memoria. Este capítulo constituye una excelente transición al próximo que se ocupa de los vencedores.

En efecto, el tercer capítulo se organiza en torno a los vencedores que no se guían por un sentido ético, sino por un egoísmo personal como en la novela *El beneficio de la duda* de Alejandra Rojas, en que los personajes masculinos se adaptan a un nuevo orden mientras los femeninos resisten, y en *El ojo del alma* de Ramón Díaz Eterovic y *Nunca segundas muertes* de Omar Prego Gadea. Similares contrapuntos entre dos posiciones éticas se presentan en *El pianista* de Manuel Vázquez Montalbán, *Como la piel del camaleón* de Juan Francisco Martín Seco y *Los viejos amigos* de Rafael Chirles.

Tanto los textos de autores hispanoamericanos como de españoles muestran, entonces, la variada gama de respuestas literarias a la representación de eventos traumáticos vividos durante el siglo XX. Finalmente, Amar Sánchez analiza de forma meticulosa *Historia de Mayta y Soldados de Salamina* como un subcorpus en el que se desvaloriza la figura del perdedor que es caracterizado como una figura patética o ambigua. Otros textos estudiados como *Año de fuga* de Plinio Apuleyo Mendoza, *La inutilidad* de Eduardo Lalo, *El sueño del caimán* de Antonio Soler y *El fin de la locura* de Jorge Volpi hacen hincapié en la desmoralización a la vez que dejan un registro del pasado. Este estudio, que concluye con una coda, posee un gran valor por abarcar textos de Hispanoamérica y España cuyos protagonistas son influenciados por eventos traumáticos del pasado. Es destacable la comparación y síntesis de numerosos de textos de ficción que hacen a *Instrucciones para la derrota* indispensable material para los especializados en literatura contemporánea.

Carolina Rocha
Southern Illinois University

Alejandro Mejías-López. *The Inverted Conquest. The Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism.* Nashville: Vanderbilt University Press, 2010. 248 pp.

Habiendo sido estudiado principalmente en su producción poética, por muchos años del modernismo solió interesar la supuesta transposición del parnasianismo y del sim-

bolismo franceses. En los 70, los acercamientos al modernismo fueron objeto de un radical cambio de enfoque crítico, cuando estudiosos como Ángel Rama y Octavio Paz examinaron el fenómeno desde la relación entre el ámbito literario y el socioeconómico, sobre todo en lo relacionado con la emergencia de los procesos modernizadores. ¿Cómo entender el modernismo dentro de una estructura histórica determinada?, parece haber sido la pregunta que guió muchos de los estudios que a partir de entonces se llevaron a cabo. Es dentro de este corpus donde *The Inverted Conquest* encuentra asidero, aunque no el único porque el libro de Mejías-López también se presenta como una investigación que contempla la lectura del modernismo hispanoamericano como la empresa literaria más transatlántica del siglo XIX, y acaso también del XX. Por “transatlántico”, el autor entiende una manera de pensar en el Atlántico como un espacio cultural, social y político en el que se aglutina una serie de discursos y de eventos históricos que no pueden ser completamente entendidos cuando se les estudia aisladamente.

Un esfuerzo de este tipo requiere una relectura de cómo ha sido leído el Atlántico hispánico por más de doscientos años. Mejías-López opina que éste ha sido construido como un espacio distinto de Occidente, lo que ha traído como consecuencia la exclusión del archivo “moderno” no sólo de la historia como de las producciones culturales e intelectuales del mundo hispánico, sino también de la propia lengua española como capaz de

producir conocimiento. Son estas ideas preconcebidas las que son cuestionadas en *The Inverted Conquest*, pues el Atlántico hispánico, propone el autor, no sólo es parte integrante y dadora de sentido de la modernidad occidental, sino que cualquier intento por estudiarla que excluya dichos territorios y archivos es, por insuficiente, fallida.

Consecuentemente, Mejías-López dedica el primer capítulo a analizar los mitos de la modernidad europea, con la idea de que no existió, como se ha querido expresar desde múltiples orillas, una modernidad europea homogénea. No todo Europa fue París y Londres. A su vez, el autor dedica sendas páginas a mostrar la manera como incluso varias zonas hispanoamericanas presentaron mayor cantidad de indicadores de modernidad, que, desde los centros de poder, se pretendieron pasar por alto con el objetivo de minimizar la modernidad de los países hispanoamericanos. Dichos procesos e indicadores fueron disminuidos, según el autor de *The Inverted Conquest*, haciendo uso —de Hegel en adelante—, de discursos raciales que buscaron menguar cualquier posibilidad de modernidad en el hemisferio sur. Al hacerlo, debido a que la modernidad se asoció con las “razas” del norte, particularmente con la anglosajona, también hubo una asociación con el prestigio y la distinción. Hubo un tiempo en que nada era más prestigioso ni distinguido que las producciones y las gentes anglosajonas. Por ello, propone Mejías-López, quienes no contaban con dichos activos hicieron lo posible para conseguirlos, convirtiendo la lucha

por el capital simbólico en una de las más determinantes del campo literario del *fin de siècle* transatlántico, que no sólo hispanoamericano.

Antes de valerse de los conceptos de capital simbólico y de campo literario, ambos acuñados por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, Mejías-López los expande de un contexto nacional (que es como los utilizó Bourdieu) a uno transnacional, que pueda aplicarse al estudio del modernismo hispanoamericano. Esta adaptación de los términos es crucial, pues permite al autor trabajar la idea fuerza de su libro: el hecho de que el modernismo no sólo creó una literatura hispanoamericana continental, activamente comprometida con la cultura internacional y la arena política, sino que también terminó por convertirse en la única literatura postcolonial capaz de disputar la autoridad cultural con su ex metrópolis. Es más, como demostrará Mejías-López a lo largo del libro, “Spanish American Modernismo radically altered Spain’s literary field, transformed and modernized literary expression in Spanish, and stripped Spain of linguistic authority, the very core of its (imperial) identity” (4).

El autor hace un repaso muy informado por el proceso por el cual el modernismo hispanoamericano conquistó el campo literario metropolitano, pasando por la reticencia original de los autores españoles hasta la mayoritaria aceptación de la “superioridad” de las letras hispanoamericanas del cambio de siglo. Un hecho, la guerra hispanoestadounidense de 1898, determinaría el rumbo que tomaron las letras de la excolonia en su afán por

oponerse a la “yanquización” del mundo, lo que generó, a su vez, una reconciliación con España, así como un sentimiento de pan hispanismo.

No sorprende que para explicar la construcción del pan hispanismo, Mejías-López analice textos de, entre otros autores, Martí, Darío y Rodó. Lo que en cambio sí llama la atención —y es una de las razones que dan a *The Inverted Conquest* su particularidad—, es que incluyan dentro de esta genealogía dos libros que, aunque muy leídos y comentados en su época, rara vez han sido estudiados con la profundidad y fineza de las que Mejías-López se vale: *Camino de perfección*, del autor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, y *La gloria de don Ramiro*, del argentino Enrique Larreta.

The Inverted Conquest es un libro sorprendente. Son dignas de destacar la precisión y sobriedad de las conclusiones a las que va llegando su autor así como la forma en que expone sus criterios y sus reflexiones. Por ello es que se trata de un libro modelo de escritura académica. Con elegancia contundente, Mejías-López logra un novedoso análisis del campo literario transatlántico del *fin de siècle*.

Ezjo Neyra

Brown University

Ileana Rodríguez y Josebe Martínez, eds. *Estudios transatlánticos postcoloniales. I. Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*. Barcelona: Anthropos, 2010. 380 pp.

El proyecto *Estudios transatlánticos postcoloniales*, coordinado por

Ileana Rodríguez y Josebe Martínez en cuatro volúmenes publicados por la editorial Anthropos en España, pretende iniciar un espacio de discusión iberoamericano sobre el tema prestando especial atención a la noción de la “colonialidad del poder”, propuesta por el sociólogo peruano Aníbal Quijano en sus artículos de 1994 y 1998. Los trabajos de este primer volumen, titulado *Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*, estudian el concepto de la “colonialidad del poder” en conexión con la “colonialidad del saber” así como cuestiones relacionadas con la modernidad y los sistemas-mundo. Las contribuciones provienen de un grupo de prestigiosos investigadores que llevan años trabajando estos temas y también de otros académicos más jóvenes que proponen nuevas aproximaciones y enfoques.

El volumen consta de una sección preliminar, con dos sustanciosos ensayos de las editoras, y tres secciones: “¿Qué son los estudios transatlánticos?: perspectivas, vertientes y debates”, “Sobre el terreno mismo: vínculos, disputas, sentidos, silenciamientos” y “Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad”. En la sección preliminar, el ensayo de Ileana Rodríguez rescata un importante número de textos coloniales españoles e indígenas sobre la conquista del altiplano guatemalteco. Su acierto consiste en contrastar la visión de los conquistadores con la de los vencidos, lo cual supone la emergencia de dos historiografías diferentes: una que crea una tradición cultural superimpuesta y otra clandestina, esotérica y escasa que

se caracteriza por su desgarramiento bicultural. Rodríguez subraya especialmente la importancia del trabajo de arqueólogos y etnohistoriadores. La reconstrucción del universo maya-quiché llevada a cabo por éstos utilizando como base los textos indígenas demuestra el carácter simplista y limitado de la representación de las sociedades maya-quiché presente en los documentos españoles, más centrados en las geografías políticas y circuitos comerciales. El artículo, sin embargo, presenta problemas teóricos y epistemológicos, pues Rodríguez utiliza de forma intercambiable los ya bien diferenciados conceptos de “aculturación”, “transculturación” y “heterogeneidad”. Debe recordarse que fue el antropólogo cubano Fernando Ortiz quien acuñó el término “transculturación” en 1940 con el fin de cuestionar el vocablo “aculturación”, que sólo indicaba la imposición unidireccional de la cultura del colonizador sobre la del colonizado, borrando así cualquier rasgo de exterioridad o diferencia subalternas. Por su parte, Antonio Cornejo Polar acuñó el término “heterogeneidad no dialéctica” en 1996 para sobrepasar los problemas que presentan las nociones de “transculturación” e “hibridez cultural”.

En el segundo artículo de esta sección, Josebe Martínez parte de las ideas de Hegel y Judith Butler sobre el deseo entendido como “pulsión organizada” o “máquina deseante” y aplica dicho concepto a la empresa de la conquista de América. Según Martínez, esta noción de deseo explicaría los orígenes del viaje transatlántico entendido como

periplo para cruzar los confines del Camino de Santiago, establecido por Europa desde hacía cinco siglos con el fin de contener a los musulmanes y consolidar la extrema dura, el saltus, la frontera. Martínez señala asimismo la importancia de las teorías de Foucault sobre las disciplinas del cuerpo y la biopolítica de la población y postula que dichos mecanismos disciplinarios se implementaron por primera vez con la conquista de América y se ejercieron exclusivamente a través de la evangelización. Se echa en falta, sin embargo, que, tras sugerir y exponer estas teorías, Martínez profundice más en la aplicación de las mismas a diferentes objetos culturales del período colonial.

En la primera sección de la obra, el artículo de Julio Ortega “Posteoría y estudios transatlánticos” postula el desplazamiento de la teoría por los estudios culturales y contrapone éstos, la historia cultural y el relativismo postmoderno a los estudios transatlánticos. Según Ortega, la absoluta transparencia de los primeros contrasta con el carácter intercultural, interdisciplinario y comparatista de los segundos. Ortega define el campo de los estudios transatlánticos como una exploración de la historia intercultural que lee los objetos culturales en un viaje de ida y vuelta, entre las migraciones de las formas y las transformaciones de los códigos. Sólo así podremos conocer mejor las representaciones del Sujeto atlántico, la construcción del otro en la literatura de viajes, la heterogeneidad e hibridación de las identidades y traducciones, la reescritura del mundo colonial y el movimiento de

ida y vuelta de los exilios y vanguardias entre otras cosas. Resulta un tanto problemático, sin embargo, que Ortega no mencione la importancia de África en dichos vaivenes transatlánticos reduciéndolos a España e Iberoamérica. También resulta cuestionable la noción de “Sujeto atlántico”, que nunca es definida por Ortega y contribuye a homogeneizar la identidad de sujetos con historias muy diferentes.

Son de destacar especialmente en esta sección las contribuciones de Sara Castro-Klarén, Brad Epps y Juan Zevallos Aguilar. En su ensayo “Estudios transatlánticos: geopolíticas en una perspectiva comparada”, Castro-Klarén afirma la importancia del enfoque comparatista en los estudios transatlánticos, pues éstos se entienden de forma diferente en los departamentos de inglés y español (o estudios hispánicos) de los Estados Unidos. Castro-Klarén subraya asimismo la necesidad de incorporar una conciencia clara y efectiva de la colonialidad del poder a los estudios transatlánticos hispánicos con el fin de que surjan estudios verdaderamente críticos que no caigan en partidismos políticos o en el neo-imperialismo cultural y económico de organismos como el Instituto Cervantes. Castro-Klarén también nos recuerda que incluso los estudios transatlánticos de habla inglesa, con trabajos fundamentales como el de Paul Giles, necesitan prestar atención a la cuestión de la colonialidad del poder a pesar de presentar una fuerte base teórica y ofrecer una deconstrucción de los mitos nacionales y culturales ingleses y estadounidenses. Sólo así podrán in-

corporar la perspectiva hispánica representada por la circulación norte-sur y, por tanto, la historización necesaria para evitar caer en la desmemoria y deformación del pasado que representa su óptica exclusivamente “anglosajona”.

Brad Epps, en su artículo “Al sur y al este: la vertiente africana de los estudios transatlánticos postcoloniales”, reivindica la importancia de África en los circuitos transatlánticos y critica reducir éstos exclusivamente al binomio Europa-América. El crítico norteamericano cuestiona asimismo el concepto de “Atlántico hispano”, postulado por Joseba Gabilondo de forma similar al “Atlántico negro” de Paul Gilroy, el cual presenta una falta de historización al no tener en cuenta la cuestión africana. La propuesta de Epps plantea la necesidad de abrir el campo de los estudios transatlánticos a una dinámica triangular y rizomática que evite caer en posiciones esencialistas y reduccionistas como el nacionalismo y sea capaz de aprehender las relaciones históricas y culturales transatlánticas en toda su complejidad.

Juan Zevallos Aguilar analiza el interesante debate interdisciplinario entre Patricia Seed, Rolena Adorno, Walter Mignolo y Hernán Vidal a principios de los 90 en su introspectivo artículo “La introducción de los discursos colonial y postcolonial en los estudios latinoamericanos”. Zevallos nos recuerda cómo Seed inició la discusión en un ensayo-reseña publicado en *Latin American Research Review*, foro donde continuó la controversia, y organiza su estudio en base a los tres núcleos temáticos más importantes que ge-

neraron el debate: la trayectoria histórica del discurso colonial y postcolonial, la teoría y metodología de dichos discursos y la definición de una nueva posición de compromiso de los intelectuales contemporáneos con su realidad presente.

La sección II del volumen incluye las contribuciones de Rocío Quispe-Agnoli y Olatz González-Abrisketa e Ignacio Mendiola. En su ensayo “Desvelando colonialidades: áreas en busca de atención en los estudios latinoamericanos”, Quispe-Agnoli destaca la importancia de las identidades en transformación como característica fundamental de las relaciones coloniales cuestionando así la ilusión de homogeneidad de la colonización europea. El reconocimiento de la heterogeneidad en Latinoamérica le sirve a Quispe-Agnoli como punto de partida para desenmascarar otras formas de colonialidad presentes hoy. Se echa de menos, sin embargo, que Quispe-Agnoli no sitúe su discusión dentro de las teorías de transculturación, hibridez cultural y heterogeneidad, poniendo a éstas en diálogo con los estudios transatlánticos postcoloniales, así como un análisis más profundo y detallado de la película peruana *El bien esquivo* y la novela histórica argentina *Los perros del paraíso*, mencionadas por la autora, aplicando dichas teorías.

González-Abrisketa y Mendiola estudian las diferentes representaciones del Otro en su artículo “Cuando el otro habla: entre el silenciamiento y la performatividad”. Ambos críticos analizan la lógica de la colonialidad, origen del contexto sociohistórico de la modernidad,

donde se produce la distribución asimétrica del lenguaje a través del surgimiento de múltiples discursos. También se estudia el enmudecimiento y exotización del Otro como consecuencia de dicha lógica para, finalmente, llegar a la confrontación con el discurso del Otro. Esta última propuesta resulta un tanto cuestionable si tenemos en cuenta las ideas de Gayatri Spivak, que los autores parecen olvidar y, muy especialmente, las discusiones sobre el sujeto subalterno en el campo de la literatura testimonial latinoamericana, género que entronca directamente con la antropología y las ciencias sociales, disciplinas a las que pertenecen los autores.

La última sección del libro incluye las excelentes contribuciones de Walter Mignolo, Santiago-Castro Gómez, Eduardo Mendieta y Enrique Dussel en relación con la cuestión de la modernidad y el sistema-mundo, abordada desde una perspectiva cultural, política y filosófica. Con su habitual introspección, Mignolo propone que la emergencia de la idea del “hemisferio occidental” generó un cambio radical en el imaginario y estructuras de poder del mundo moderno/ colonial. Según Mignolo, dicha transformación no sólo dio lugar a una reestructuración geográfica y política, sino que también afectó profundamente a las relaciones sur-norte en las Américas, a la configuración de la latinidad en Estados Unidos y a la cultura afroamericana en el norte, en el sur y en el área caribeña. Mignolo destaca asimismo cómo la división del mapa-mundi en el hemisferio oriental y

occidental originó esta nueva reorganización del mundo que establece la frontera entre Europa y Estados Unidos, produce la distinción entre América del Norte y del Sur y perpetúa en el “Nuevo Mundo” la distinción entre la Europa del norte y la del sur latino.

En su artículo “Michel Foucault: colonialismo y geopolítica”, Santiago Castro-Gómez muestra los problemas epistemológicos de la noción de la “colonialidad del poder” de Quijano y Wallerstein y propone el pensamiento de Foucault sobre las relaciones de poder y la geopolítica en sus cursos impartidos en el Collège de France como contrapunto. El investigador colombiano postula que la teoría jerárquica de la colonialidad del poder sólo presta atención a la lógica macrofísica del sistema-mundo mientras que la analítica heterárquica del poder de Foucault distingue tres niveles: microfísico, mesofísico y macrofísico. Esto le permite a Foucault captar mejor la complejidad y diversidad de las redes del poder. Brillante y original, la tesis de Castro-Gómez no está exenta de problemas. Uno de ellos es el eurocentrismo de Foucault, que, aunque observado por el autor, exigiría una resemantización de su pensamiento al contexto postcolonial latinoamericano, idea ausente en su discusión. Como consecuencia, el concepto de la “colonialidad del poder”, desarrollado desde una perspectiva y lugar de enunciación postcoloniales, resulta más idóneo para abordar la cuestión de la macrofísica del poder. Dicho concepto, sin embargo, debería complementarse con la recontextualización postcolonial del

modelo heterárquico de Foucault, que rescata la microfísica y mesofísica del poder, niveles éstos completamente inatendidos en la teoría jerárquica de Quijano y Wallerstein, como muy bien señala Castro-Gómez.

Eduardo Mendieta analiza los diferentes significados del término “cosmopolitismo” en su ensayo “Del cosmopolitismo imperial al cosmopolitismo dialógico: humildad, solidaridad y paciencia”. Es de destacar su desenmascaramiento del cosmopolitismo imperial kantiano, término acuñado por el autor para cuestionar la falta de conciencia crítica del filósofo alemán, quien nunca cuestionó sus privilegios y lugar como ciudadano en el imperio romano-germánico del siglo XVIII. Tras estudiar otras teorías del cosmopolitismo como las de Anthony Appiah, Walter Dignolo y Judith Butler, más críticas y reflexivas, Mendieta propone un “cosmopolitismo dialógico”. Éste sería un cosmopolitismo verdaderamente crítico, reflexivo y emancipatorio que se convierte en el universalismo del otro y es similar al ya ha articulado y postulado por Dignolo en su artículo “The Many Faces of Cosmopolis: Border Thinking and Critical Cosmopolitanism” (2000).

Enrique Dussel, por último, ofrece una revolucionaria e iluminadora lectura deconstruccionista del *ego cogito* cartesiano desenmascarando sus mitos en su incisivo artículo “Meditaciones anticartesianas: sobre el origen del antidiscurso filosófico de la modernidad”. Es de destacar muy especialmente la original e innovadora interpretación de Dussel de la influencia del lega-

do intelectual y filosófico del sur de Europa, que llega hasta Iberoamérica, en el pensamiento de Descartes, especialmente a través del pensamiento jesuita. Éste y otros argumentos subrayan el papel pionero de España, Portugal y América Latina en los orígenes de la Modernidad, siendo Descartes el iniciador de una segunda Modernidad temprana. El filósofo argentino estudia asimismo el anti-discurso filosófico de la Modernidad representado en un primer momento por Bartolomé de las Casas y, con posterioridad, por el pensamiento indígena de Guaman Poma de Ayala, quien adopta una posición de “exterioridad radical” con respecto a ésta convirtiéndose en pionero de la teología de la liberación. Es precisamente la crítica de las Casas y Guaman Poma al proyecto filosófico moderno lo que permite a Dussel deconstruir los argumentos a favor de la conquista de América revelando sus puntos débiles.

El primer volumen de *Estudios transatlánticos postcoloniales* ofrece una excelente selección de ensayos y, sin duda, es una de las mejores obras sobre el tema publicadas hasta la fecha. Me gustaría felicitar a las editoras por poner en marcha este ambicioso proyecto, a la editorial Anthropos por haberlo aceptado desde España y a la Universidad Autónoma Metropolitana por apoyarlo desde México. Asimismo, sería muy deseable que una editorial norteamericana publicara una traducción del libro al inglés en los Estados Unidos ya que nos encontramos ante una colección de ensayos fundamental en su campo de estudio que acabará convirtiéndose

con el tiempo en obra de referencia obligada.

Javier Valiente Núñez
Johns Hopkins University

Josef de Acosta. *Historia natural y moral de las Indias*. Ed. crítica de Fermín del Pino Díaz. Madrid: CSIC, 2008. 330 pp.

Para el lector que empieza a explorar la literatura colonial, Josef de Acosta puede ser reconocido como una de las menciones constantes del Inca Garcilaso de la Vega en los *Comentarios reales de los incas*. El padre Acosta se constituye, en el texto del historiador mestizo, como una de las autoridades que respaldan su pesquisa. Garcilaso no pudo encontrar mejor apoyo bibliográfico que el del notable jesuita, cuya *Historia natural y moral de las Indias*, ejemplar compendio sobre el mundo americano antes de la llegada de los europeos, le valió el mote de “Plinio del Nuevo Mundo”, según feliz aserto del padre Feijoo en el XVIII. Publicada en Madrid, en 1590, la obra de Acosta encierra la propuesta de adaptar la evangelización a los modelos prehispánicos de civilización (tanto el peruano como el mexicano), antes que apelar a la fuerza, siguiendo de esa forma el carisma jesuita que propugnaba la tolerancia cultural.

El estudio introductorio de Fermín del Pino Díaz a esta nueva edición de la *Historia natural y moral* posee la pasión de una autobiografía intelectual, en tanto el editor es antropólogo y dedicó su tesis doctoral a la figura del autor estudiado: Josef de Acosta se le aparecía, hace

algunas décadas, como un héroe en quien podía encontrar plasmados los nobles orígenes de la profesión, cual antropólogo *avant la lettre*. Visto así, el proyecto de editar la *Historia natural y moral de las Indias*, obra a la que del Pino Díaz ha vuelto muchísimas veces, es también una suerte de ajuste de cuentas con su propia trayectoria, así como con la tradición crítica en torno a Acosta.

Fermín del Pino delinea claramente el perfil profesional y vital de Acosta, un religioso activo en defensa del clero indiano (pidió revocar la cédula real contra la ordenación de los mestizos), infatigable viajero, maravillado por la geografía americana. Grueso de cuerpo, amante de la buena mesa, se nos presenta como un *bon vivant*, de lo cual dejan testimonio parcial ciertos capítulos de la *Historia natural y moral*, la cual aspiraría a ser una historia apologética de las Indias contenida en siete libros: los primeros cuatro dedicados a una descripción de la naturaleza del Nuevo Mundo (la “historia natural”); y los tres últimos (del libro quinto al séptimo) acerca de los pueblos prehispánicos, con especial atención hacia los imperios azteca e inca (la “historia moral”). La originalidad de la obra, expresada en el título, consiste en este doble propósito de exaltar la naturaleza espléndida y defender, a la vez, la creatividad cultural y racionalidad indígenas, en contra de los prejuicios europeos. Para lograrlo, parte de su argumentación se apoya en una constante apelación a los modelos del mundo antiguo (especialmente Roma), para explicar mejor las novedades indianas, así como para ilustrar las limi-

taciones del pasado grecolatino; todo ello en el marco de una visión providencialista, lugar común de las crónicas de Indias.

Precisamente, en torno a los propósitos e ideología de Acosta sobre los indígenas, resalta en el estudio introductorio un tema que configura el telón de fondo sobre el cual se presenta esta reciente edición de la *Historia natural y moral*: el debate de la crítica postcolonial acerca de Josef de Acosta, la cual suele ubicar al jesuita en el bando de los imperialistas, defensor de la ortodoxia y espíritu acríptico frente al *statu quo*. Frente a este prejuicio consolidado en ciertos círculos académicos, del Pino se propone una defensa del trabajo intelectual de Acosta cuyo punto de partida es una hipótesis sino demostrable, al menos verosímil.

La imagen de Acosta en contra de los nativos surgiría, sostiene el editor, de una lectura aislada y a pie juntillas del libro V de la *Historia natural y moral*, el cual posee el tono de una diatriba contra las sociedades indígenas, enfatizando la presencia del diablo en América. Dicho libro funciona precisamente como bisagra de las dos partes del proyecto de Acosta, el puente que une la descripción de la naturaleza y la de los pueblos prehispánicos. Frente a este hecho patente, del Pino encuentra un desbalance en la construcción interna del libro V y plantea como probable que el autor se haya visto forzado a cargar la tinta en torno a la intervención demoníaca (la cual era asumida, recordémoslo, como un hecho inobjetable en las crónicas de Indias, aunque en grado diverso depen-

diendo del autor). Sólo eso puede explicar la falta de coherencia entre libro y el resto de la obra, la cual está compuesta en un tono generalmente mundano y descriptivo, antes que censor o prescriptivo. Del Pino encuentra marcas en la disposición de los capítulos del libro V que revelarían la artificialidad de ciertos capítulos (precisamente aquellos que se dedican obsesivamente a hablar sobre el demonio) que habrían sido interpolados para evitar cualquier intervención inquisitorial, así como para acallar a las órdenes rivales, especialmente la dominica, en torno a la política evangelizadora que aplicaban los jesuitas en América.

De hecho, si se observa atentamente la *Historia natural y moral de las Indias* en su conjunto —reparando en todo el edificio que rodea al problemático libro V, de la mano de las diligentes notas de su editor— se encuentra un proyecto mucho más rico que un ataque contra los indígenas americanos a partir de su relación con el demonio. Manteniendo un equilibrio de temas curiosos, con digresiones empíricas y amenas, la prosa de Acosta se deja disfrutar sin grandes dificultades. Nótese, en ese mismo sentido, que la riqueza léxica de Acosta le valió a la *Historia natural y moral* ser incluida

como fuente de referencia para algunas entradas del *Diccionario de autoridades* casi un siglo y medio después de su publicación.

En el terreno de la crítica textual, cabe resaltar como un rasgo original de esta edición de la *Historia natural y moral* la adopción, bien meditada en el estudio preliminar, de criterios editoriales basados en los hallazgos del GRISO de la Universidad de Navarra, aunque ajustados a la obra. Dichos hallazgos, elaborados y puestos a prueba en las últimas dos décadas sobre textos áureos, vienen a ilustrar y facilitar la recepción de la obra de Acosta para el público. La pulcritud del editor culmina con la inclusión de las variantes que presentan las ediciones más canónicas (O’Gorman, Mateos y Alcina), con las que dialoga, tanto para superarlas como para apoyarse en ellas, según fuere el caso. En conclusión, este relanzamiento editorial de la *Historia natural y moral de las Indias*, a cargo de uno de sus máximos expertos, supone una invitación a releer al padre Acosta teniendo como principales horizontes de lectura el disfrute y el aprovechamiento de su obra.

Fernando Rodríguez Mansilla
Hobart and William Smith College